

1

RECREAR A NUESTROS MAESTROS DEL PSICOANÁLISIS

Ha llegado el momento de hablar en nombre propio.

Ello supondrá abandonar las formas expositivas hasta aquí empleadas que, en términos generales consistieron en ceñirse estrictamente a la letra de los textos de Freud, Klein y Lacan, evitando al mismo tiempo las críticas a lo escrito por ellos.

Se iniciará, entonces, el camino –nada fácil por cierto– de exponer los puntos de vista personales y consignar los reconocimientos de deudas teóricas con mis maestros. También, señalar algunas discrepancias y diferencias con los tres psicoanalistas mencionados.

He considerado que la exposición de mi perspectiva personal respecto de las problemáticas ligadas a la transmisión psíquica intergeneracional inconsciente –que ocuparán tres de los cuatro capítulos de este tomo– requería la inclusión previa de varios marcos que la contextualizaran. Esa tarea se llevará a cabo en las próximas páginas.

1.1. Introducción

Reiteraré, en este nuevo entorno, dos palabras que expresé al comienzo de estos *Estudios Psicoanalíticos*: enigmas y misterios. Las vivencias asociadas a ellas fueron acicates que me impulsaron a investigar sobre la identificación y, en términos más amplios, sobre la transmisión intergeneracional inconsciente de lo psíquico. La práctica clínica y también las observaciones de la vida cotidiana arraigaron en mí el profundo convencimiento de la importancia de esta problemática y a ella dediqué años de investigación.

La formación del aparato psíquico en la niñez y sus remodelaciones posteriores seguían guardando celosamente sus secretos. Además,

se requería pasar del nivel de las hipótesis generales a un mayor conocimiento acerca de la microscopía y la intimidad de los procesos que conducían a la formación del aparato psíquico y sus instancias. Tal vez, a partir de nuevas conjeturas sobre la identificación podrían generarse modalidades novedosas de intervención clínica que favorecieran las transformaciones subjetivas de los analizantes.

1.1.1. La clínica psicoanalítica como punto de partida

¿Cuáles serían los entresijos psíquicos que permitieron a un niño de apenas dos años y medio seleccionar –entre varias docenas de aviones de juguete fabricados con diversos materiales–, unos pocos y decir por primera vez: ¡“*étos*” son aviones de madera”! ¿Qué progresos en la simbolización le posibilitaron la proeza de excluir de un cajón con muchísimos avioncillos sólo los que estaban hechos de ese material y constituir, así, un grupo diferenciado, sin tener la menor idea acerca de qué era un conjunto ni qué era una clase? ¿De qué manera el infante iba haciendo suyo el complejo sistema lingüístico en que quedó inmerso tras su nacimiento? En fin: ¿cómo avanzaba la construcción de su aparato psíquico?

Ya en el terreno de la clínica psicoanalítica de adultos, ¿qué podría decirse –y más complejo aún, hacerse– respecto de una situación como la de Joan, un adulto joven en análisis, en quien el meollo identificatorio se procesó de una manera tan *sui generis* como la siguiente: no aconteció aquello de: “me transmites algo de ti y aunque lo compartamos lo hago mío, de manera tal que en mí será algo diferente”. La violencia de la apropiación (véase 2.4. del tomo 1), mecanismo que a dosis mínimas participaría en toda identificación, operó en Joan a gran orquesta. Tener un rasgo en común con su padre era vivido por él como haber cometido una expropiación: no era algo que se podía compaginar, armonizar sino que, lisa y llanamente, se representó en su inconsciente como un robo, que se acompañó de intensas reacciones persecutorias que le embargaron. Lo que predominó en sus identificaciones estructurantes no fue la dinámica simbólica, diferenciadora, sino la del narcisismo a tambor batiente: “o lo tienes tú o lo tengo yo.” Joan tenía la misma afición de su padre: montar maquetas de barco. Pero el problema no radicaba en que

compartiesen ese *hobby* sino en el exceso de imaginario puesto en juego –inevitable, dada su organización psíquica– y en cómo fue significada esa mancomunidad.

Algo similar –predominio de identificaciones narcisistas poco resignificadas por las identificaciones edípicas–, le sucedió a Elizabeth pero sus manifestaciones clínicas eran, sin embargo, muy diferentes. Se trataba de una muchacha de apenas 18 años cuando acudió a mi consulta. En ella tampoco operó adecuadamente el aspecto bifronte –transmisión de la semejanza y diferencia– de la identificación. Resultó muy difícil establecer los motivos de las grandes desemejanzas entre ella y sus padres. En las múltiples entrevistas mantenidas con la pareja parental no aparecía una carga patógena excesiva en ninguno de los dos miembros. Sin embargo, la estructura psíquica de la hija era considerablemente grave, al igual que algunos de sus síntomas. Otro enigma que pudo resolverse en buena medida, pero no íntegramente.

Por otra parte, los resortes de la cura psicoanalítica fueron asuntos que siempre me ocuparon y preocuparon. ¿Sobre qué facetas de la organización y del funcionamiento psíquico incidimos para que se produzcan cambios psíquicos favorables? En la praxis clínica, ¿cuál sería la tarea a realizar con las identificaciones? El tema me apasionaba en sus dos vertientes: a) el de la estructuración subjetiva y b) el de la transformación clínica de aquello que la identificación había constituido.

Tuve ocasión de participar en muchos debates con colegas ya sea en congresos, jornadas, conferencias y también en grupos de estudios, en los que se trataron estas cuestiones. Conocía las respuestas que Freud, Klein y Lacan habían dado a estas preguntas “eternas” del psicoanálisis. Los textos, seminarios y artículos de los tres –muchos de ellos se enumeraron en las bibliografías incluidas al final de los tomos dos, cinco y nueve– fueron leídos y releídos exhaustivamente. Pero me interesaba mantenerlas en suspenso, para tratar de descubrir –si fuera posible– algunas facetas novedosas dentro del tema de la identificación.

La psicoanalítica, como cualquier otra teoría, necesita recrearse permanentemente. Ella no otorga respuestas para todo ni éstas serán válidas para siempre. Los posicionamientos dogmáticos suelen simplificar demasiado, hacen perder la complejidad de las teorías. Se recurre a tales extremos para construir muletas que otorgan cierta y aparente de

seguridad en la praxis con los analizantes. Vana ilusión. Se estará más cerca de los ideales teóricos que de las realidades clínicas. Y en lugar de entrar con estas últimas en una confrontación molesta pero constructiva, se apela casi siempre a lo ya dicho o a lo demasiado conocido. Lo cierto es que ninguno de nuestros maestros trabajó en situaciones similares a las hoy tenemos; las de ellos fueron condiciones difíciles sin duda pero, es obvio, no fueron las actuales. Por eso se requiere reinventar el psicoanálisis para que pueda ser operativo en el siglo XXI. Será necesario conjugar el rigor metapsicológico con la ductilidad y plasticidad en la clínica; aunando lo heredado –que es mucho– con la creación necesaria, que siempre será poca. Hacerlo operativo en este siglo no es sinónimo de adaptarlo a las características del mismo; el psicoanálisis siempre ha sido un tanto marginal y “desadaptado”; en cierto sentido ha funcionado a contracorriente del espíritu de las épocas que atravesó. Y es probable que continúe su existencia con esos rasgos. Los capítulos de este tomo pretenden, con modestia, aportar algunos granos de arena, en el terreno específico de la trasmisión psíquica intergeneracional inconsciente, para que el psicoanálisis no quede arrumbado en el baúl de los trastos viejos.

1.1.2. La conformación de la psique como sistema complejo

La premisa básica sobre la que se ha sustentado mi manera de pensar la identificación fue la siguiente: lo psíquico en el recién nacido surge de lo psíquico de quienes conformaron su medio familiar y social. Supondremos, porque es lo que sucede con mayor frecuencia, que ese mismo contexto seguirá acompañando al niño en los momentos posteriores en que su subjetividad se seguirá construyendo y remodelando. A esa sopa primordial, donde bullen los fantasmas, los deseos inconscientes, las pulsiones, el narcisismo, el yo, el superyó de los padres y la lengua que ellos hablan, es arrojado el recién nacido desde los albores de su vida, sin que se le haya pedido su consentimiento. Y de ese cocido libidinal tendrá que nutrirse para realizar el pasaje desde su calidad de organismo viviente a la condición de sujeto.

Los progenitores proveerán palabras y todo lo necesario para la subsistencia; el bebé, por su parte, aportará lo suyo: sus llantos, sus gestos, gorgoritos o trinos balbuceantes. Esas materias primas provenientes de

ambas fuentes serán fundamentales para el futuro hablanteser, cuyos deseos y pulsiones se constituirán en ese mismo contexto.

La elección de esa idea directriz principal tuvo un doble efecto: por una parte implicó un distanciamiento de las concepciones biologistas, que consideraron la actividad psíquica como un brote emergente del funcionamiento del sistema nervioso central; por otra parte significó una clara adhesión a las hipótesis que fundamentaban la aparición de la vida mental en la criatura humana en la transmisión intergeneracional inconsciente de rasgos, partículas o fragmentos de las historias personales de los miembros del entorno familiar. Este proceso estructurante alcanzaría uno de sus puntos culminantes al final de la primera infancia, con la declinación del complejo de Edipo. Se podría considerar que, tras la entrada en la latencia, el niño ya tendrá conformado su aparato psíquico con todas las instancias, sistemas y subsistemas que le son propios. Sin embargo, ese proceso continuará más allá: otros hitos importantes serían la adolescencia y la adultez temprana; hasta se podría decir que en tanto sujetos psíquicos estaremos en construcción permanente y siempre sometidos a las significaciones retroactivas que irían reorganizando las nuevas inscripciones constitutivas, tal como fue explicitado en el apartado 2.5.5. del tomo 6.

Dentro de ese marco y en coherencia con lo dicho, en los próximos capítulos se insistirá sobre un aspecto que a juicio del autor de estos *Estudios Psicoanalíticos* ni Freud ni sus continuadores habrían desarrollado suficientemente: la labor psíquica que los niños realizarían sobre las marcas identificatorias que les fueron transmitidas y que acabaron haciéndolas propias. Tampoco la pionera del psicoanálisis con niños ni el psicoanalista francés se refirieron con detalles a ese trabajo creativo que realizaría cada infante durante su proceso de estructuración psíquica, ya sea con los significantes implantados por el Otro (Lacan: *S 9, S 11, S 16, PCPL, ILIF, CPTP*), ya sea con los *einziguer Zuge* capturados a los objetos de identificación (Freud: *PMAY, YyE*), ya sea con los objetos internos formados tras el vaivén proyectivo-introyectivo (Klein: *NAME, OCB, EyG, ARLO*). Explicitar los modos en que, desde mi perspectiva, el infante participa en la estructuración subjetiva, será uno de los aspectos más significativos del contenido de este volumen.

Se fundamentará teóricamente por qué el nuevo sujeto psíquico no

era una simple resultante de los determinantes exteriores. Se desplegará con amplitud la siguiente hipótesis: la materia prima psíquica que los objetos de su entorno le proveerá sería procesada por el *infans*, modificada e incluida en una nueva combinatoria: el niño llevaría a cabo una transformación de aquello que se le transmitió.

Por otra parte, la experiencia clínica me mostraba que el infante no hacía suyos todos los rasgos que le eran ofrecidos o transmitidos. Dicho en otros términos: el protosujeto no sería un ente pasivo en el proceso estructurante. Además, los rasgos que le fueran implantados o que él mismo habría introyectado pasarían a formar parte de un nuevo sistema; serían acogidos en una constelación novedosa, integrados, procesados y mezclados con otras marcas psíquicas ya recibidas. Lo psíquico del niño que emerge como efecto de tal labor será, necesariamente, un producto singular, diferente y diferenciado de las psiques que le aportaron rasgos.

La identificación debería incluir en su definición, como uno más de sus significados, ese trabajo de autoorganización que iría realizando el propio sujeto en su proceso de constitución. Esta tesis será desarrollada en el capítulo siguiente. Para esas elaboraciones han sido de una ayuda inestimable las aportaciones de Ilya Prigogine (producidas entre 1972-1982) y las que hizo posteriormente junto con Isabelle Stengers (entre 1979 y 1988). Me fueron especialmente útiles para: a) considerar al sujeto psíquico en vías de formación como una estructura disipativa; b) incluir en la identificación el trabajo autoorganizativo y de metabolización de los rasgos psíquicos provenientes de los otros y c) para pensar los procesos irreversibles en general y los ligados a la identificación en particular. Con éstas y otras apoyaturas pude conceptualizar un hecho perceptualmente obvio pero de muy difícil fundamentación: el psiquismo es siempre complejo, ni siquiera el de las primeras épocas de la vida es simple; habitualmente se pasa de una complejidad a otra más acentuada.

1.1.3. Preguntas

De manera retroactiva descubro que buena parte de las elaboraciones personales sobre la identificación estuvieron determinadas por los interrogantes que a lo largo de los años fui formulando a los textos de los tres psicoanalistas cuyas teorías se acabó de exponer de manera ex-

tensa y detallada en los nueve tomos anteriores de estos *Estudios Psicoanalíticos*. Preguntas que sin duda estuvieron asociadas a los enigmas comentados.

Esos interrogantes me permitieron continuar el “diálogo” –que probablemente será interminable– con esas figuras preclaras del psicoanálisis. Para elaborar las presuntas o posibles respuestas de ellos he contado con las obras que nos legaron y la ayuda inestimable de otros autores a cuyos textos hice referencia explícita al final del segundo, quinto y noveno tomo bajo el rubro de *Bibliografía consultada*. A esas referencias se añadirán títulos y autores de las obras examinadas durante la redacción de este volumen, que serán incluidos al final de este tomo. Considero pertinente exponer algunos de esos interrogantes que formulé y que guiaron mi investigación.

Preguntas a los escritos freudianos:

– ¿Qué padre sería el objeto de la identificación primaria? Se han percibido oscilaciones y contradicciones en sus textos ya que postuló:

- a) al padre de la prehistoria del complejo de Edipo [Capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921)];
- b) al padre de la prehistoria personal [Capítulo III de *El yo y el ello* (1923); p. 33]; y
- c) en una nota al pie de esa misma página, agregó:

“Quizá sería más prudente decir ‘con los progenitores’, pues el padre y la madre no se valoran como diferentes antes de tener noticia cierta sobre la diferencia de los sexos, la falta de pene” [en la mujer].
[...] “En aras de una mayor simplicidad expositiva, sólo trataré la identificación con el padre.” (Lo que está entre corchetes es mío).

- ¿Por qué planteó un período anobjetal del desarrollo de la libido?
- ¿Cabría una definición más precisa y diferenciada de los mecanismos de introyección e incorporación?
- ¿Por qué situó al niño, cuyo aparato psíquico estaría en vías de formación, como punto de partida y epicentro de su estructuración subjetiva? ¿Cuál sería el rol y las funciones de los padres?

- ¿Qué tipo de labor haría el niño con los rasgos psíquicos de sus objetos de identificación que introyectó e incorporó ?

Interrogantes formulados a la obra de Melanie Klein:

- ¿Puede considerarse a la identificación proyectiva sólo como estructurante de lo psíquico? Implementarla en exceso ¿podría generar desestabilizaciones psíquicas?
- ¿La identificación proyectiva no sería más una relación narcisista de objeto que una identificación propiamente dicha?
- ¿Porqué no llamarla simplemente proyección identificante, dadas sus características; entre ellas, ser centrífugas respecto del yo?
- ¿Porqué no situarla en el campo de las proyecciones, como una de sus variantes específicas?
- Plantear el interjuego permanente y vitalicio entre la identificación proyectiva y la identificación introyectiva ¿habrá sido su forma de concebir el hecho de que el aparato psíquico está en transformación constante?
- Dada la gran actividad del niño a través de las identificaciones proyectivas e introyectivas ¿cuál sería el rol del psiquismo de los padres en la conformación del aparato psíquico del hijo?
- ¿Hay algún sitio preciso en su obra en que haya hecho mención al carácter *identificante* de los padres?
- ¿Cómo y de qué manera aparece en su producción la trasmisión de rasgos psíquicos de los padres a sus hijos?
- ¿Qué actuación tienen los progenitores respecto de las identificaciones proyectivas que el lactante les dirigiría?
- ¿Qué pensaría Melanie Klein respecto de “la madre suficientemente buena” de Winnicott o de la “madre con reverie” de Bion, que de algún modo supusieron críticas importantes a su teoría?
- ¿Por qué no fundamentó más y mejor su posición constitucionalista e innatista?
- ¿Qué implicaciones teóricas tuvo considerar a la fantasías inconsciente como un correlato mental del instinto?
- Y más ampliamente, ¿porqué otorgó esa determinación instintivista tan marcada del psiquismo humano?

Preguntas a los Escritos y seminarios de Lacan:

- ¿El destino de cada hijo estaría taxativamente (pre)inscrito en el inconsciente parental? Y, dado que esa opinión se sostiene con frecuencia entre sus seguidores, ¿por qué ese determinismo tan inflexible, casi absoluto, en la TIL? ¿Porqué ese fatalismo?
- ¿Al protosujeto le cabe sólo un rol pasivo en su estructuración psíquica? ¿Será sólo efecto del significante proveniente del Otro?
- ¿De qué manera articular una concepción dúctil acerca del destino de un vástago? Además de la inevitable determinación que impone lo inconsciente del Otro, ¿habrá posibilidad para una búsqueda y construcción de ese destino por parte del sujeto?
- Sin este último determinante, ¿ese destino no sería de tipo oracular? O decidido por instancias superiores, a la manera de los Dioses del Olimpo o por influencias karmáticas o por los arquetipos.
- ¿No convendrá insistir en un aspecto paradójal de la estructura psíquica, ya que clínicamente se evidenciarían tanto sus fallas como su consistencia? En otros términos, y pese al aporte que constituyó el concepto de estructura clínica: ¿no sería útil relativizar la rigidez con que ellas se trataron en la teoría y en la clínica?
- ¿Qué hace el protosujeto con los rasgos unarios que le han sido implantados?
- Ya que tanto criticó la identificación con el analista, ¿cuál sería su posición ante las potentes identificaciones imaginarias de los analizantes con sus analistas lacanianos?

1.1.4. Contenido de la cuarta parte

Se trazará un panorama general del mismo. Los temas principales que se desarrollarán serán los siguientes: a) todos los correlatos de la constitución del sujeto psíquico como sistema complejo y, por lo tanto, como estructura disipativa; b) la microscopía de las identificaciones y c) los entresijos del retejido de la trama identificatoria en la cura analítica. Se destaca desde ya la interrelación de estos tres aspectos y la coherencia interna que los articula.

Propondré un sistema identificatorio estructural con precisiones no-

vedosas sobre las identificaciones primarias, narcisistas y edípicas, señalando de paso las consecuencias psicopatológicas en caso de fracasar las inscripciones y metabolizaciones de las mismas. Además plantearé las definiciones que he elaborado de las identificaciones estructurantes en los últimos años. Explicaré asimismo las derivaciones clínicas de las nuevas ideas desarrolladas sobre la identificación.

Asimismo me aventuré a postular que, así como se ha considerado una función materna y paterna, tal vez podría hablarse de una función del hijo, cuyas características serán explicadas en 3.14. de este tomo.

No fueron ajenas a todas estas propuestas mi manera de entender los cambios vertiginosos producidos en los últimos treinta años en lo social, familiar y subjetivo. A ellas me referiré al final del apartado siguiente; por ahora diré tan sólo que sus repercusiones en la clínica son y serán inevitables en tanto lo psíquico es lo social subjetivado. Por último se incluirán fragmentos de textos de artistas, poetas, escritores y pensadores que aludieron a la identificación desde sus respectivos contextos.

1.2. Un marco para las consideraciones personales sobre la identificación

Quiero encuadrar los planteamientos que expondré a continuación dentro del siguiente conjunto de ideas:

- Me ha interesado conservar celosamente las que constituyeron, a mi entender, las aportaciones más significativas de Freud, Klein y Lacan, como así también las de otros psicoanalistas y pensadores, sobre el tema en cuestión. Esto supuso llevar a cabo una evaluación personal de los aportes de cada autor. Considero que no todo lo que ellos han dicho y escrito vale por igual.
- He intentado preservar estas adquisiciones de posibles deslizamientos hacia el dogmatismo, reduccionismo y eclecticismo. Respecto de este último cabrá tener presente que las tres teorías tienen núcleos duros que las hacen no miscibles entre sí.
- Siempre consideré imposible que alguien –fuera quien fuera– pudiese detentar la suma del conocimiento y las certidumbres respecto de todo lo que se procesaba en nuestra praxis.

- Reafirmo que ¡por suerte! las teorías no son omnicomprendivas y que sus insuficiencias han llevado a realizar esfuerzos por arrojar nuevas luces a las zonas de penumbras que ellas mismas habían generado con sus progresos. Ninguna teoría dará cuenta de *todo*, entre otros motivos, porque ese *todo* no existe.
- Me parece importante que cada analista pueda construir una mini-metapsicología propia, portátil, como herramienta dúctil y hecha a la mano de cada cual para instrumentarla, tanto en la práctica clínica como en los ámbitos en que se otorgue voz al pensamiento psicoanalítico. Ella requerirá una recreación personal de cada uno de los conceptos clásicos y, probablemente la postulación de algunos nuevos.
- Corresponde a los analistas de la generación actual desplegar otra vez más la gran potencialidad de los conceptos analíticos. En su origen, el psicoanálisis fue concebido como una red de articuladores teórico-clínicos versátiles, maleables, con capacidad de admitir nuevas inflexiones. En su corta historia hubo innovaciones significativas, aunque también es cierto que, a pesar de haber nacido con vocación de cambio, a veces esas transformaciones o no se consumaron o se hicieron hacia direcciones inadecuadas. Asumir esa tarea de remozamiento de nuestra disciplina sería actuar en consonancia con el futuro que anhelamos para ella.
- Las teorías no seguirían existiendo ni desarrollándose sin una crítica permanente. Esta idea es válida también para el psicoanálisis.
- Lo dicho hasta aquí hará que mis consideraciones en esta cuarta parte de los *Estudios* carezcan de un tono asertivo. No habrá certezas ni concepciones definitivas; más bien plantearé hipótesis con cierta dosis de incertidumbre, sobre todo, cuando se refieran a zonas teóricas en penumbra. No será por falta de convicciones sino más bien por combatir la certidumbre y rotundidad con que a veces se exponen las ideas en nuestro medio. El psicoanálisis ha sido y es una disciplina conjetural; en ella siempre se han elaborado *hipótesis de trabajo* que, con el tiempo, se fueron modificando y en todos los casos requirieron fundamentos y ratificaciones en contextos clínicos. De lo afirmado se desprende que la identificación seguirá conservando muchos de sus misterios y enigmas.

Realizar esa tarea dentro del marco descrito supuso llevar a cabo previamente una maniobra delicada en una cornisa estrecha: necesité recrear a mis maestros del psicoanálisis antes de abandonarlos, resignarlos, olvidarlos. Represión que ha sido tan necesaria como la asimilación anterior de sus ideas, para que ellas pudiesen retornar, una vez connaturalizadas conmigo, sin que al final supiera decir *con certeza* dónde –o en quiénes– se han originado, dada la mezcla generada entre lo ajeno y lo propio. Estos movimientos exigieron más creatividad que veneración; implicó también reinstaurar, de tanto en tanto, momentos como los que caracterizaron al nacimiento del psicoanálisis: plenos de descubrimientos deslumbrantes. Regresar a Freud y a los grandes de nuestra disciplina no consistirá en imitarles sino retomar lo que con ellos quedó interrumpido, liberarles del cargamento de lo obsoleto, germinar nuevas ideas y renovar nuestro quehacer. Tarea que no acabará nunca, porque el psicoanálisis habrá de ser reinventado por cada analista.

Otra cuestión muy significativa: el ejercicio *actual* del oficio de analista impone escuchar –ya sea explícitamente ya sea infisionadas en las asociaciones libres de nuestros analizantes–, los cambios a gran escala que están sacudiendo a nuestra sociedad en las últimas épocas. Lo nuevo nos incita a reflexionar –una vez más–, sobre las transformaciones de la subjetividad contemporánea, sobre las modalidades del sufrimiento psíquico hoy vigentes y sobre el psicoanálisis como instrumento posible para elevar las cotas de libertad personal. Se imponen maneras propias y novedosas de ejercer la praxis y pensar la producción de lo subjetivo. Un paso previo implica hacer propio lo que se ha heredado de nuestros antecesores. No es nada fácil recibir y gestionar un patrimonio simbólico; especialmente, si es potente. No sólo el de Freud –el fundador– sino y también el de sus continuadores, el de mis maestros y mis contemporáneos. Si esa apropiación es en sí misma difícil, más complicado aún será administrarla y transmitirla.

En varias ocasiones, especialmente en los momentos finales de la redacción de este último volumen de la *Colección*, pensé que en ella fui tratando –además de la identificación– otro tema; y que lo había hecho ya sea de manera implícita o explícita, ya sea en forma paralela o tangencial. Se trataba, ni más ni menos, de la herencia psicoanalítica que yo

había recibido y los intentos de transmitirla a otros. Esa idea se fue imponiendo poco a poco en mi mente. Cuando acabé de percibirla con claridad y asimilarla, las más de dos mil ochocientas páginas de estos *Estudios Psicoanalíticos* parecieron recomponerse y recibir una nueva luz. Se había producido paulatina e inconscientemente un telescopado de dos temáticas: la transmisión intergeneracional de lo psíquico en sentido muy amplio y la transmisión a las nuevas generaciones de analistas de las teorías que yo había recibido de mis “padres” analíticos. Ambos asuntos quedaron ensamblados y acoplados. En la centena de temas abordados en los *Estudios* y en las múltiples derivaciones de los mismos, descubrí ese nuevo hilo conductor que me había sido imposible percibir durante un largo periodo de redacción de los mismos. Todos ellos trataban sobre un único y mismo tema: un legado recibido y su transmisión posterior. Una vez más me escuché comentando que estaba escribiendo lo que me hubiera gustado tener a mi alcance cuando inicié mi formación. Amplí mi dedicatoria inicial a las futuras generaciones de analistas.

1.3. Sobre filiaciones

En mi libro *Trencadís. Gaudianas psicoanalíticas* (2010), *op. cit.*, al referir las coordenadas teóricas con las que orientaba mi clínica, escribí que me consideraba un analista *freudiano post-lacaniano*; laico —es decir: no religioso—, no militante, que trataba de guardar distancias con los fundamentalismos psicoanalíticos y que apostaba por un diálogo entre las diversas maneras de entender nuestra práctica. Con lo de post-lacaniano quería expresar que había realizado un arduo trabajo de lectura de Lacan para hacer luego mi personal vuelta a Freud con esos bagajes y con algunas elaboraciones propias. Lo dicho explicará, sin duda, el predominio de un aire freudiano y lacaniano en el contenido de la cuarta y última parte de estos *Estudios Psicoanalíticos*.

Siempre lo he sabido, pero ahora lo diré abiertamente: sin Freud y sin Lacan no hubiera podido componer lo que escribí en este tomo, pero lo escrito es irreductible al pensamiento de ellos. Por suerte, digo yo, porque sería injusto exigir a quienes nos han despertado los sueños e ilusiones más agradables que permanezcan fieles a las imágenes que nosotros hemos construido de ellos. Pese a los dolores y desgarros que

situaciones de ese tipo pueden provocar –en tanto remueven nuestro desamparo originario y crean la sensación de orfandad– esas conmociones nos catapultan hacia nuevas búsquedas y a intentos –muchos, renovados– de trazar caminos propios, singulares, en nuestra práctica de psicoanalistas. Lo escrito en este volumen proviene de tales sacudimientos, que me dejaron como contrapartida un *humus* fertilizante.

Haber conocido la teoría y práctica del psicoanálisis después de muchos colegas que me han precedido fue sin duda un privilegio para mí; heredé el patrimonio conceptual que se fue acumulado durante más de un siglo. Pero ese legado se convirtió en un obstáculo y en un aliado a la vez: por un lado, cabía no quedar adherido al pensamiento de ellos y, por otro, se abría la exigencia de hacer algunas aportaciones para que nuestra disciplina siguiera avanzando.

Mi “primera infancia psicoanalítica” transcurrió en medio del fulgor kleiniano, en el Buenos Aires de los años sesenta. Los conceptos de Klein y sus seguidores eran las monedas de cambio. Sus ideas suscitaban adhesiones fervientes y, a fuerza de ser repetidas, penetraban por ósmosis entre aquellos que dábamos nuestros primeros pasos en la formación. Se interpretaba casi todo en clave de identificaciones proyectivas e introyectivas, objetos buenos, malos, persecutorios, idealizados, internos y externos. Era regla aludir a las tempranas relaciones con el pecho, a las posiciones esquizo-paranoide y depresiva, a la idealización, a las separaciones, a la envidia, a la necesidad de integrar el yo, de elaborar duelos y sentir gratitud.

Winnicott, en segundo o tercer plano, era para unos pocos un pequeño contrapoder teórico; para la mayoría, su sello de origen –escuela inglesa–, le otorgaba un valor añadido, aunque casi nunca se aludía a las importantísimas discrepancias de él con M. Klein. En esa etapa fui un kleiniano “forzado”, presionado por el contexto, aunque contestatario y protestón. Freud fue mi refugio y Winnicott un gran referente clínico, más presente en mi actitud hacia los pacientes que en la aplicación de su metapsicología. Las palabras *holding*, *setting* y otros anglicismos, fueron parte de mi a-b-c.

Por entonces se acercaba el “tornado” Lacan que, en la ribera del Río de la Plata, se transformó en huracán, con ojo incluido. La teoría de Klein entró en un cono de sombra; en parte, por propia implosión y,

también, por la barricada que le alzó el lacanismo militante.^{1*} Winnicott, menos visible, salvó algunas de sus pertenencias. Tras el ciclón y el eclipse comentados, apareció una bocanada de aire fresco que duró un cierto tiempo. Entonces tocaba ser lacaniano. Lo fui precozmente, pero a mi manera; una alergia a las transmisiones dogmáticas me impidió aceptar aquello de “Lacan, todo o nada”. Sin embargo, cada vez que viene a colación reitero mi deuda teórica con él.²

Luego siguió la sacralización de su teoría con todas las consecuencias. “San Retorno” se hizo presente. Bendita repetición, aunque por entonces ya era *con diferencias*; empezaron a circular otras monedas de oro, otros epígonos en busca de oportunidades para darse a conocer y algunos fervientes kleinianos reconvertidos en exultantes lacanianos. Hubo muchas excepciones, pero aparecieron demasiados sacerdotes dedicados a transformar importantes escritos psicoanalíticos en sagradas escrituras.

Cada vez que recuerdo esa situación viene a mi memoria Winnicott. Él tuvo que batallar en un campo parecido, porque también en el Londres de entre guerras mundiales se traspasó la frontera que dejaba atrás el valor de las convicciones necesarias, la confianza en el propio pensamiento y la “fe” psicoanalítica, para entrar en el territorio de los evangelios. A él le tocó forcejear –¡y mucho!– entre los seguidores de dos teorías y entre dos mujeres que, a juicio de John Bowlby, eran tal para cual: “obstinadas y negadas a abrir sus mentes a ideas ajenas. [...] Ana Freud era devota de San Sigmund y Klein lo era de Santa Melanie.”³

Winnicott, en calidad de presidente de la Sociedad Británica de Psicoanálisis, les pidió a ambas que disolviesen los dos grupos que encabezaban, para evitar que la calamidad se impusiera en dicha institución tras la muerte de ellas.⁴ Año y medio antes ya se había dirigido a Klein, alertándole sobre las consecuencias de la repetición –tipo jerga– de sus ideas por parte de quienes adhirieron a su pensamiento.⁵

Pero sería un error pensar que el problema reside sólo en los jefes o jefas de escuela; también está en nosotros, los psicoanalistas “de a pie”, embargados por la idealización, por las ambiciones de ascenso o por la pereza. También se debe a una paradoja presente en el oficio de analista: lo ejercemos de manera solitaria, pero estamos acompañados por el pensamiento de nuestros predecesores analíticos. Esa presencia,

deseada, necesaria e ineludible a la vez, conlleva –en potencia– peligros mayores que la soledad: quedar parasitados por esas teorías, trabajar contracturados por la tradición, rumiando ideas conocidas que siempre conducen a prácticas grises, sin invención, poco personales. Se esté (o no) de acuerdo con su teoría, buena parte del contenido de la obra de Winnicott y su estilo de escritura fueron un modo de eludir esos riesgos.

Lo que diré a continuación es muy serio aunque mis palabras tengan un toque de humor. Hoy, sin renegar de las señas de mi identidad psicoanalítica expuestas en *Trencadís* y reproducidas al comienzo de este apartado, agregaría: me considero un analista todo terreno y “*kormaniano...*, *modestamente*”. La primera de esas dos palabras no debería sonar rara si se tiene en cuenta que el analista, y no sólo el analizante, tiene también su singularidad, a consecuencia de los modos, también peculiares, con los que cada uno fue apropiándose de la vasta y rica herencia psicoanalítica. Además cada analista debería ejercer una clínica digna de su nombre. Por eso suelo decir –también con algo de humor pero con mucha circunspección– que la única kleiniana debería haber sido Melanie Klein y que el único lacaniano tendría que haber sido Lacan. Lo mismo sería válido para Freud. Muchos discípulos de los tres hubieran podido llevar a cabo prácticas clínicas con nombres propios –los de sus patronímicos– más que una que llevara el del maestro correspondiente. Estas ideas me han parecido siempre muy importantes porque tanto en un psicoanálisis como asimismo en una psicoterapia psicoanalítica, pasamos a formar parte del inconsciente del analizante.

El segundo término tampoco debería sorprender, porque la modestia surge casi espontáneamente cuando se abandona con más o menos dolor la quimera de la infalibilidad de las teorías psicoanalíticas, cualquiera sea ella. La desinfatuación suele acompañar a ese desprendimiento.⁶

Detallaré algunas de esas características personales porque ayudarán a comprender las líneas de fuerza que atravesaron los 10 tomos de estos *Estudios Psicoanalíticos* y de este último en especial. Más allá de la presencia de las mismas en lo conceptual, ellas ponen de manifiesto mis filias y fobias teóricas, mis esperanzas, pesadillas y mi necesidad de hablar claro, sin tapujos, sobre los problemas que tenemos en nuestro ámbito; decididamente, pienso, no hay que dulcificar la Medusa, palabra que escribo con mayúscula porque remito al personaje mitológico.

Empezaré diciendo que considero el ejercicio del psicoanálisis clínico como un oficio; pienso que en tanto analista, soy un artesano; “*arte-sano*” de la palabra y de la transferencia. Juzgo, pues, que hay algo de *arte* en ese oficio y que en todo análisis debe acontecer algo creativo. Esas palabras son una declaración de principios acerca de mi manera de ejercer la clínica. Presumo que mi práctica está más cerca del arte, de la literatura, de los caprichos del lenguaje, de la voz anárquica de la poesía, de las nocturnidades y alevosías del decir, de la expresividad de las artes plásticas y también cercana a algunas ideas de la filosofía procesadas en el alambique metapsicológico; más próximas a todos esos fenómenos y disciplinas que a las ciencias biológicas, la neurología, las matemáticas, lógica, física, etcétera. Que sea una praxis con esas características no quitará que pueda ser muy rigurosa al mismo tiempo.

Con lo que acabo de decir me diferencio puntualmente del Freud biologista, fisicalista y de sus aspiraciones a que el psicoanálisis fuera una ciencia; también del Lacan de las formalizaciones lógico-matemáticas;^{7*} como ellos, no me apoyo en discursos religiosos, místicos ni esotéricos. Sin embargo afirmo que en el análisis se viven experiencias inefables, prodigiosas, que no se dan en otros contextos y que merecen ser investigadas. Si bien creo haber sido suficientemente claro, diré lo mismo en otras palabras: el psicoanalista debería *siniestrar* sus propias adhesiones y enrolamientos teóricos. En el apartado 3.12.2. expondré acerca del *siniestrar*, noción que utilizo desde hace muchos años en la clínica y, también, aplico a la genealogía de los psicoanalistas.

1.4. Ptolomeísmo, copernicanismo

Estos dos vocablos que he relacionado con la teoría de la estructuración subjetiva, atravesaron de cabo a rabo los diez volúmenes de estos *Estudios*; los he tomado en préstamo de Jean Laplanche, más específicamente del capítulo uno de su libro *La prioridad del otro en psicoanálisis* (Aморrortu editores, Buenos Aires, 1996). Este autor, después de incursionar en la historia de la astronomía, señaló con justeza que de ella sería posible desentrañar la existencia de enfrentamientos y alternancias entre dos líneas de pensamiento que coexistieron durante milenios; las designó con los nombres de concepción *ptolomeica* y *copernicana*.

Ellas remiten, como es evidente, al geocentrismo y al heliocentrismo, respectivamente.

Laplanche, en el volumen citado, alertó contra la torpeza que supondría oponerlas frontalmente, sin tener en cuenta de manera simultánea que la renovación propuesta por la segunda no inmunizaba contra las recaídas en la primera. Recordó, además, que ambas corrientes tuvieron pensadores insignes y que fue Aristarco de Samos quien postuló por primera vez, en el siglo III a. C., que la tierra giraba alrededor del sol.

Por lo tanto, Copérnico no hizo sino actualizar ideas que quedaron escotomizadas durante siglos: el globo terráqueo no era el centro del universo y junto con las demás esferas celestes orbitaba mediante movimientos cíclicos y repetitivos en torno al astro rey.^{8*}

Sin duda, se podría hablar de una “revolución copernicana” producida por el vienés con la introducción de la hipótesis del inconsciente: él operó un giro de 180° en la concepción del sujeto, aunque sería cierto —como también lo afirmó Laplanche—, que fue para sí mismo tanto su Copérnico como su Ptolomeo. Se trató “de una revolución inacabada”, según el autor del famoso *Diccionario de Psicoanálisis*.

Con muchos recaudos, he realizado una extrapolación de estas dos líneas de pensamiento al terreno psicoanalítico para aplicarlas en los dominios de los procesos identificatorios. En ese contexto consideré que serían *ptolomeicas* todas aquellas ideas que implicasen considerar al sujeto psíquico en formación como el punto de partida y epicentro de su constitución subjetiva: el infante se identificaría con los objetos para crear su propio aparato psíquico. Se trataría de teorías “infantocéntricas”, si se me permitiera este neologismo.

En cambio serían *copernicanas* aquellas concepciones que jerarquizaron el rol de los adultos en la conformación del futuro sujeto psíquico. Estas últimas otorgaban funciones identificantes a los objetos y consideraron fundamental el rol que ellos jugaban en la conformación de una nueva subjetividad, en tanto oferentes o implantadores de rasgos psíquicos.

Cotejadas la TIF, la TIK y la TIL a la luz de los criterios recién aludidos, me permitiría afirmar que la concepción de Freud fue copernicana con fuertes improntas ptolomeicas; en la kleiniana predominó claramente el ptolomeísmo y el “infantocentrismo”; los objetos, a los que

ella aludió tan profusamente, no aparecían en calidad de *identificantes* ni de transmisoras intergeneracionales de trazas psíquicas. Esto podrá apreciarse especialmente en los textos en que ella acentuó lo constitucional, el endogenetismo y el instintivismo; se trataba de una especie de autoptoiesis psíquica, aunque en el seno de relaciones objetales.^{9*}

Lacan se enroló con firmeza en la línea *copernicana*. Dentro del psicoanálisis fue el primero en invertir claramente la dirección del movimiento identificatorio: desde el objeto –mejor dicho, desde el Otro y el otro– al protosujeto. En el debate endogenetismo – ambientalismo se decantó por el segundo. Otro analista que se enroló con lucidez y creatividad en esta perspectiva fue Jean Laplanche, que elaboró la teoría de la seducción generalizada. El título de su libro, aludido al comenzar este apartado, ha sido elocuente respecto de su posición. Con estos raseros – *ptolomeísmo, copernicanismo*– se valoraron todos los artículos y libros leídos para la elaboración de esta *Colección*. Como se verá enseguida, la segunda tendencia fue un pilar fundamental del proyecto de elaboración personal de una metapsicología de la identificación estructurante.

1.5. Fundamentos para pensar un sistema identificatorio estructurante del psiquismo

Me interesa nombrar y desarrollar las bases sobre las que asienta mi propuesta de un sistema identificatorio organizador del aparato psíquico en la primera infancia. Son tres y los iré describiendo en los siguientes apartados:

- 1.5.1. La incidencia significativa del entorno objetal en la psiquización del recién nacido humano
- 1.5.2. La concepción retroactiva de la temporalidad psicoanalítica
- 1.5.3. La relación indisociable entre el narcisismo y el complejo de Edipo

- 1.5.1. La incidencia significativa del entorno objetal en la psiquización del recién nacido humano

Se trata de un asunto clave al que se volverá insistentemente en este

volumen. A lo ya dicho en la página anterior, se añadirán a continuación otros comentarios sobre las restantes facetas de este posicionamiento y las consecuencias que comportará haber optado por esa alternativa.

1.5.1.1. Un copernicanismo relativizado por la autoorganización

El sistema identificatorio que propongo se sostiene en lo que denominé *perspectiva copernicana*. Ella considera fundamental la incidencia de la subjetividad de los otros –la alteridad– en la producción de una nueva subjetividad. Pero el mío es un *copernicanismo relativizado* –o *realzado*, según se lo mire– por su combinación con la noción de autoorganización y con la concepción del sujeto psíquico como estructura disipativa, aspectos estos últimos que se expondrán en el apartado 2.6. del próximo capítulo.

Como ya dije, la elección de esa perspectiva me alejó de determinismos filogenéticos, biológicos e innatistas al pensar los orígenes de lo psíquico en el bebé y, en contrapartida, me llevó a jerarquizar el rol jugado por el psiquismo de los padres –mejor aún: del contexto objetal en su conjunto– para esas mismas funciones. Incluyo también a la sociedad y a la cultura en que se nace. Esta manera de pensar el determinismo en la transmisión de lo psíquico de una generación a otra, supone el reconocimiento –que a veces ha sido explícito y en otras ocasiones implícito– de la multiplicidad de mecanismos, factores y funciones (materna, paterna, del hijo) que entrarían en acción en tales avatares; decididamente, no habrán relaciones lineales entre las causas y los efectos en los procesos que hacen al surgimiento de una nueva subjetividad.

Ese marco general me distanció, también, de las tesis freudianas que sostenían la anobjetalidad y un narcisismo primario absoluto en los comienzos de la subjetivación. Opté, entonces, por un narcisismo objetal, en tanto consideré que el recién nacido se veía abocado –desde su primer día de vida– a un mundo relacional. Dentro de las circunstancias más habituales, después del parto, el bebé ingresará a una red extrauterina conformada por los padres y familiares más próximos, en la que recibirá un baño narcisista y edípico –simultáneo–, dando así comienzo a la estructuración identificatoria del candidato a sujeto.¹⁰

No se tratará aún de la economía narcisista y edípica del *infans* sino

de la perteneciente a sus progenitores. Esta perspectiva es la que me llevó a pensar que el bebé era, de hecho, un ente social desde los momentos iniciales de su existencia.

Si bien no mediaría la subjetividad del lactante en estos primerísimos contactos –por la sencilla razón de que aún no estaría constituida–, he considerado, a diferencia de quienes postularon un primer período de vida anobjetal, que a estos vínculos cabría otorgarles el rango de relaciones objetales incipientes –pero a condición de precisar las características peculiares de las mismas–. Si el punto de partida fuese un narcisismo primario absoluto, se haría difícil precisar cómo, cuándo y por qué se produciría la apertura a la objetividad. En esos contextos teóricos, el endogenetismo y el solipsismo suelen campea a sus anchas.

1.5.1.2. Relaciones de objeto desde el nacimiento

Fue tal vez uno de los aportes más significativos de Melanie Klein al psicoanálisis. He hecho fervientemente mía esa idea: existirían relaciones de objeto desde el momento mismo del alumbramiento, pero, a diferencia de ella pienso que el recién nacido no llega al mundo con un yo innato y en funcionamiento. Creo más bien que el neonato poseería unos cuantos engramas psico-motores muy rudimentarios a los que no otorgaría la categoría de un yo constituido; ni siquiera uno que pudiera calificarse de muy incipiente. Opondré a ese yo constitucional kleiniano una constitución del yo, proceso este último que coincidiría con el surgimiento del narcisismo primario, siguiendo las tesis de Freud, o con el atravesamiento del estadio del espejo (Lacan).^{11*}

Sostengo que las identificaciones primarias –véase *infra*, 1.6.1.– serían las introductoras de las primeras trazas de subjetividad, en momentos en que el bebé no se diferencia aún del objeto porque carecería de una membrana yoica y “sujetal”. Tampoco habrá por entonces representaciones psíquicas de los objetos porque el neonato es incapaz de construirlas. Y sin embargo está inmerso en relaciones objetales. Lo importante sería precisar la índole de las mismas, sus características y a ello me abocaré en los próximos párrafos.

Considero que los engramas psicofisiológicos innatos que traería al mundo quedarían inmediatamente atravesados, “embebidos”, por el

psiquismo de los padres. El bebé no tendría en esos momentos ninguna posibilidad de diferenciarse psíquicamente de sus objetos primarios. En esas circunstancias no habrá libido objetal puesta en juego por el *infans*, por la sencilla razón de que su yo no estaría todavía constituido y los instintos no devinieron aún pulsiones (véase 1.3. del tomo 1); por lo tanto no podría haber libido narcisista ni libido objetal de su parte. En cambio sí que estarán en juego ambas libidos por parte de los padres.

Considero que se trata de una relación *sui generis*; si se la enfoca desde el lado del bebé cabrá decir que son vínculos pre-autoeróticos, pre-narcisísticos y, por lo tanto pre-subjetivos: no se ha constituido aún el autoerotismo, el narcisismo y menos todavía el nuevo sujeto psíquico. Del lado parental supondremos dos sujetos psíquicos en pleno funcionamiento, con todas las vertientes y dimensiones que les caracterizan. Una versión esquemática de las mismas podrá apreciarse en el diagrama del sujeto que se incluyó en el apartado 2.5. del capítulo siguiente.

Dicho en otros términos, en esas relaciones muy incipientes participarían, por un lado, sujetos psíquicos ya estructurados con todos sus sistemas e instancias (yo, ello, superyó, *Inc.-Prec.-Cc.*) y por el otro lado un organismo viviente con engramas psico-fisiológicos elementales, pero con una capacidad potencial de “psiquizarse”. Las identificaciones primarias habrían comenzado a operar y se supondrá que introdujeron las primeras trazas de psiquismo en el bebé. Se estarían construyendo los cimientos del futuro sujeto psíquico. He caracterizado con el término de *presubjetividad* a esos momentos iniciales de la vida psíquica del lactante; éste no estaba aún en condiciones de discriminarse ni diferenciarse de sus objetos primarios.

Esta situación relacional sería muy asimétrica; pero no será aquí y ahora que encararemos ese carácter específico del vínculo temprano. Se hará en el apartado 2.7. del próximo capítulo; allí se ha insertado un esquema que incluyó la *presubjetividad* dentro de un circuito temporal de tipo helicoidal. Para no extendernos ahora en largas descripciones, se sugiere observar el par de esquemas situados en los apartados 2.4.2.2. y 2.4.7. de este volumen, que son muy elocuentes. Lo que no puedo omitir, porque hace a la cuestión que se está tratando, es un brevísimo anticipo de otra hipótesis que propondré en 3.3. de este mismo tomo, a saber: ya desde los primeros días de vida del bebé, y aún antes, esos padres

generarían transferencias –en el estricto sentido psicoanalítico del término– en relación a su vástago. El bebé quedara enredado en las redes transferenciales que inevitablemente producirán sus progenitores. Esas transferencias, inconscientes por definición^{12*}, serían identificantes.

Retornaremos al eje principal: en esos tiempos de la *presubjetividad* el recién nacido –en estado de desamparo–, movido por sus pulsiones de autoconservación hará “llamados” a sus objetos (gritos, llantos, balbuceos) para resolver sus necesidades biológicas. Sus pulsiones sexuales comenzarán a constituirse por *apuntalamiento* en las de autoconservación. El autoerotismo –que luego dará origen al narcisismo primario– exigió, como condición para su establecimiento, que hayan existido con anterioridad relaciones primarias con los objetos. Por más que la partícula “auto” esté presente en la palabra autoerotismo (pre-narcisista por definición) éste encierra un “hétero” –un objeto, un otro– que se internalizó, una fantasía que –ahora sí– representaría al otro, o mejor dicho una parte del otro, en la psique del infans.^{13*} En tanto se hará especial referencia al autoerotismo oral aludiremos a la representación psíquica incipiente del objeto pecho materno.

Pese a todas las características tan especiales que tienen estos primeros ligámenes convendrá considerarlos pertenecientes a la categoría de relaciones de objeto. Muy primigenias, muy rudimentarias, muy indiferenciadas, muy distintas también de las que el niño podrá establecer posteriormente, al ingresar en la triangularidad edípica. Pero se tratará, al fin y al cabo, de una relación.¹⁴ Propongo también el neologismo *yobjeto* para referir a esa especie de ente amalgamado, indiferenciado, que conforma la madre y el bebé; éste último, más cómo organismo viviente que como sujeto psíquico. De ese *yobjeto* inicial se desgajará, en un futuro más o menos inmediato, un objeto –que algunos llamarían arcaico, primitivo, maternal– y unos precursores del yo, que tal vez pudieran coincidir con lo que Freud denominó “yo placer purificado” (*Lust-Ich*).¹⁵ En síntesis: el neologismo *yobjeto* alude a esa fusión, a esa relación “de hecho” entre un organismo viviente con capacidad de psiquizarse y un sujeto psíquico adulto, conformado con todas las vertientes y dimensiones que se describirán en 2.5. del capítulo siguiente.

Ese vínculo tan peculiar posibilitará el establecimiento del autoerotismo y del narcisismo primario que, a su turno, dará pie al surgi-

miento del yo. Recién entonces las capacidades psíquicas estarán más desarrolladas y se producirá el pasaje desde la *presubjetividad* hacia la *transubjetividad* narcisista, caracterizada por la existencia de una representación unitaria del yo que otorgaría una protoidentidad. La salida del narcisismo primario y el ingreso al Edipo, fueron tratados en detalle en 1.4. y 1.6. del tomo 1, cosa que me eximen de mayores comentarios respecto de este tercer tiempo de la estructuración subjetiva. Diré únicamente que los momentos iniciales de la vida psíquica serán significados retroactivamente desde el complejo de Edipo, proceso que continuará en la adolescencia y en la vida adulta.

Por lo tanto, habrá “muchos comienzos” *reconstruidos*. O, si se prefiere, habrá un comienzo mítico. Lo dicho implica que he transformado la secuencia freudiana esencialmente cronológica: autoerotismo → narcisismo → relaciones de objeto en circuitos de resignificación, tras haberla incluido en una temporalidad retroactiva. A continuación se ampliará este último tema, aunque se volverá a estas relaciones primarias en 2.7. del próximo capítulo.

1.5.2. La concepción retroactiva de la temporalidad psicoanalítica

En este apartado se considerará la segunda de las premisas del proyecto de sistema identificador: la que hacía referencia a la significación retroactiva y a las consecuencias de aplicarla a la construcción del aparato psíquico. Se harán también algunos comentarios acerca de la regresión. Por último se abordará críticamente la célebre metáfora freudiana de los pseudópodos que él propuso para pensar el pasaje desde el narcisismo primario a las relaciones objetales edípicas. El modelo que el vienés utilizó ilustraba el desplazamiento de la libido narcisista o yoica hacia los objetos –pseudópodos mediante– y convertirse en libido objetal.

Dada la retractilidad del pseudópodo podía suceder que la libido volviera desde los objetos al yo con la consiguiente restitución de la libido narcisista en desmedro de la objetal. El vienés consideraba de paso que ese movimiento libidinal era la clave de toda *regresión*. Este prototipo incluía –implícitamente– la idea de una temporalidad reversible, ajena al modelo que propongo.

1.5.2.1. La resignificación retroactiva

Pero Freud no siempre se atuvo a la idea de que la rueda del tiempo podía volver atrás; ya desde sus primeros textos, y continuó haciéndolo a lo largo de toda su obra, empleó los vocablos *nachträglich* y *Nachträglichkeit* (retroactivo, retroactividad)¹⁶ para aludir al hecho de que las experiencias vividas, los recuerdos e impresiones, como así también, las huellas mnémicas inconscientes, pueden adquirir, con el paso del tiempo, nuevos significados, por efecto de la resignificación de las mismas a partir de vivencias posteriores o por el acceso a estadios evolutivos más avanzados. La noción freudiana de reorganización retroactiva de lo psíquico enriqueció aún más la ya compleja concepción del tiempo que él había postulado inicialmente en *La interpretación de los sueños* (1900): añadió a la atemporalidad del inconsciente los fenómenos de anticipación y retroacción. Esto invalidaba, o al menos relativizaba, el clásico cliché que adjudicaba al psicoanálisis la idea de que la historia de cada sujeto estaba determinada exclusivamente por su infancia.

La retroacción le puso también barreras al determinismo lineal: no sólo el pasado actuaría sobre el presente, sino que el presente retroactuaría sobre el pasado; cada lapso de tiempo transcurrido –con las nuevas experiencias que le fueran inherentes– posibilitaría el otorgamiento de sentidos novedosos a lo vivido con anterioridad.

Elevar a la categoría de concepto la noción freudiana de retroactividad (*Nachträglichkeit*) y utilizarlo de modo sistemático tendrá enormes repercusiones teóricas y clínicas: implicará plantearse la relativización de la temporalidad cronológica; se complejizará la temporalidad psicoanalítica; habrá que pensar la operatividad de la misma y sus efectos durante la estructuración subjetiva; supondrá, también, criticar las nociones simplistas de progresión, regresión, evolución según etapas preestablecidas; se cuestionarán ciertas secuencias lineales a la manera de autoerotismo, narcisismo y relaciones de objeto; será necesario reflexionar sobre la temporalidad inherente a la transferencia.

Es sabido que la escuela kleiniana nació, se desarrolló y sigue vigente en la actualidad sin haber prestado atención alguna a dicha acepción; se lo ha señalado en varias ocasiones en la segunda parte de estos *Estudios Psicoanalíticos* (tomos 3, 4 y 5), apuntando las consecuencias

de tal ausencia. Pero lo cierto es que quien se decida a incorporar este concepto y hacer un uso coherente del mismo deberá replantearse, además de lo ya dicho, muchos aspectos de la metapsicología freudiana: la teoría de la formación de síntomas^{17*}, la manera de entender la constitución del aparato psíquico, el concepto de repetición y su tratamiento en la clínica. Pasado, presente y futuro deberán ser utilizados entre comillas. En 2.4.2.2. del capítulo siguiente haré consideraciones adicionales sobre la temporalidad que rige en el sistema identificador que propugno. El tiempo psicoanalítico concebido a la luz de la retroactividad genera un suspense perpetuo, una intriga constante, una incertidumbre que puede desaparecer por unos instantes con la inscripción de una nueva experiencia, pero que renace enseguida.

Cada acontecimiento actual e importante para el sujeto, percutiría sobre los dos polos de la temporalidad –pasado y futuro–, que permanecerán siempre abiertos. Nunca podrán darse por acabadas las resignificaciones retroactivas; nada estará sellado definitivamente; nada quedará clausurado, mientras haya vida. Lo que acontecerá determinará lo que se ha sido. El futuro resignificará el pasado. Acontecimientos ulteriores pueden “transformar” varias veces la significación del pasado, retroacción mediante. El pasado está incorporado al presente. Todo lo contrario a las matrices infantiles que se repetirían siempre en una suerte de *avant-coup*.

La causalidad en psicoanálisis también se modificó cuando fue articulada con lo inconsciente y con la resignificación retroactiva: la causa actuó en el pasado, pero ese pasado quedó integrado a lo actual y, además, fue resignificado varias veces antes de una posible nueva resignificación que “podría ocurrir mañana”. El pasado en tanto tal se perdió irremediamente, como también se disipó la realidad exterior a ella asociada. No se tratará ya de una cuestión ligada a lo *realmente acontecido* sino de una problemática asociada a la *verdad subjetiva* (realidad psíquica), en la que lo fáctico –lo que sucedió entonces– quedó incluido en una interpretación, que probablemente adquirió nuevas versiones si se fue resignificando. Traigo a colación aquí una frase basada en un aforismo de Nietzsche: los hechos una vez acontecidos no existen; existirán sólo interpretaciones de los mismos.

La palabra del analista –a veces también la del propio analizante–

vendrá a reordenar y significar las contingencias pasadas. Sobre los hechos que le ocurrieron al analizante, nosotros –en tanto analistas– no podríamos incidir. En cambio, sí podemos hacerlo sobre la significación que él había otorgado a tales acontecimientos. Sin duda, ese trabajo implicará, simultáneamente, la introducción de un grano de arena en los engranajes de la repetición. El pasado presentificado condicionará, a su vez, al futuro; aquello que se llegará a ser no dejará de retroactuar sobre el pasado, proveyendo nuevas resignificaciones del mismo. Un aspecto de la eficacia terapéutica del psicoanálisis podría ser entendido como producto de novedosas resignificaciones del pasado del analizante, surgidas en el seno mismo del dispositivo analítico.

Se volverá sobre la significación retroactiva a través de comentarios a un relato de Jorge Luis Borges titulado *Kafka y sus precursores*, que fueron desplegados en el apartado 4.3. de este volumen.

1.5.2.2. *La regresión*

Ya había hecho más las ideas recién expuestas sobre la retroacción cuando tuve la fortuna de leer lo que Ilya Prigogine escribió sobre la irreversibilidad del tiempo.^{18*} Ellas me fueron de gran utilidad para pensar, una vez más, la temporalidad y la causalidad psicoanalíticas. Sus ideas sobre la flecha del tiempo me llevaron a cuestionar el uso que habitualmente se hacía del concepto clásico de regresión. Resultaba claro que, en sentido estricto, la regresión temporal no existía; mejor dicho: que era imposible. Se trataba de una ilusión basada en una concepción lineal y reversible del tiempo. Sólo sobre la base de ese contrasentido se podían imaginar vaivenes regresivos y progresivos, a la manera de caminos de ida y de vuelta en el eje temporal. Al socaire de este modo cronolineal de pensar, se construyeron modelos del desarrollo evolutivo concebidos como pasajes por etapas sucesivas y predeterminadas, en las que podían acontecer fijaciones. Una vez transitadas, la acción de factores traumáticos posteriores o de obstáculos en la evolución, determinarían regresiones a las etapas en que hubo fijaciones. A este modelo se le articuló una teoría etiológica de los cuadros clínicos, una nosografía y una concepción de la cura consistente en deshacer las fijaciones y recorrer el camino progresivo hacia la “normalidad”.^{19*}

Resultaba también llamativo que los psicoanalistas que utilizaron de manera profusa el concepto de regresión para dar cuenta de la psicopatología de un sujeto, soslayaran las implicancias de la articulación del mismo con la noción de fijación. El nexo entre estos dos articuladores sería, sin embargo, fácilmente detectable en los textos freudianos. Estos autores, si bien reconocieron que las fijaciones habidas condicionaban la propia marcha del proceso estructurante, eran más parcios en aceptar que las patologías podrían explicarse sin el recurso al concepto de regresión: bastaría sólo con verlas como formas *sui generis* de estructuración; es decir, como maneras progresivas de organizar (y retroorganizar) el aparato psíquico.

Lo que habitualmente se consideraría conductas regresivas serían, en realidad, anacronismos, cuyas presencias podrían explicarse, justamente, por la insuficiente reorganización retroactiva desde “estadios evolutivos posteriores”. Para dar cuenta de la presencia de tales actitudes, fantasías y conductas “regresivas” no sería necesario postular un supuesto retorno al pasado y a los modos de funcionamiento pretéritos; si lo llamado “arcaico” se presentaba de manera patente, era porque no había sido suficientemente organizado retroactivamente desde la triangularidad edípica.²⁰

Por otra parte, tomando apoyo en la teoría de la complejidad podría sostenerse que las descompensaciones y derrumbes psíquicos que muchos colegas describen como regresiones profundas, se explicarían por la existencia de autodesorganizaciones. (Véase 2.6.1. de este tomo).

La regresión en el análisis, sobre todo su variante temporal, sería siempre metafórica. Más taxativamente: es imposible que exista. Y es así porque la flecha del tiempo no retorna, va siempre adelante. Es ingenuo creer que una regresión nos mostrará el pasado tal como éste ha sido. Ni siquiera en el campo de la arqueología, disciplina de la que proviene en última instancia ese modelo, se cree que los hallazgos en excavaciones devuelvan el pasado en su forma originaria, intacta.

La noción de regresión –y, más aún, una concepción realista de la misma– no puede sino ser solidaria de una concepción reversible del tiempo. Se lo sepa o no. El hecho de que la regresión temporal sea imposible no excluiría ni negaría la eventual presencia de síntomas que parezcan remedar actitudes o conductas del pasado; lo que no sería de-

masiado plausible es la explicación de su presencia debido a regresiones del funcionamiento psíquico a tiempos anteriores.

Todos aquellos que hayan tenido una práctica clínica prolongada saben que en momentos puntuales pueden producirse colapsos psíquicos en los que aparezcan síntomas antes inexistentes. Algunos dirán: está funcionando regresivamente –que es como si se dijera que “volvió atrás”–. La misma situación podría explicarse desde otra perspectiva: se ha desorganizado lo inestablemente constituido. La escasa estabilidad previa facilitó el surgimiento de esos despeños psíquicos; la proclividad a los desplomes sería debida, justamente, a la insuficiente reorganización del aparato psíquico desde la triangularidad edípica. En esos casos, antes del derrumbe, lo supuestamente “arcaico” era evidente, sea en algunos síntomas, sea en las fantasías.

Se pusieron comillas a la palabra arcaico con el objetivo de dar a entender o de subrayar su carácter aparente; no se trata de algo que vendría desde el pasado remoto sino que estuvo haciéndose presente en los sucesivos presentes. En todo caso sería tan arcaico como actual. Se ha de tener también en cuenta que esa desorganización no siempre responde a factores externos, más o menos traumáticos; también pueden acontecer por causas internas. (Véase nuevamente 2.6.1. de este tomo).

Haberle otorgado importancia al concepto de reorganización retroactiva de lo psíquico y pensar la irreversibilidad del tiempo me condujeron a prescindir de dicho vocablo. El giro fue para mí significativo: me “impuso” abandonar también la concepción estratigráfica de la organización psíquica, en la que se sostenía que, sobre un estrato determinado de la mente, se construía o depositaba el posterior, luego el siguiente, el subsiguiente... y así de seguido.²¹ Esta manera de pensar la formación del aparato psíquico postulaba la existencia de capas horizontales que se superpondrían unas sobre otras atendiendo a la cronología de lo vivido; las más profundas serían las primeras y sobre ellas estarían depositadas las más tardías. Luego, y de manera casi inexorable, se recurría a las formulaciones del siguiente tipo: “encontramos estas fantasías en lo más profundo de la psique” o “en los estratos más superficiales de la mente pueden percibirse...”, etcétera. De manera concomitante, aquello que supuestamente estaba “depositado” en las honduras del psiquismo, era considerado casi siempre el determinante fundamental de la patología.

Como es obvio, la reorganización retroactiva propone una manera radicalmente diferente de pensar las mismas cuestiones.

Un pequeño inciso: estas referencias a la regresión no nos alejan de la temática identificatoria ya que ellas muestran el modelo contrario de la temporalidad que sostengo para la estructuración subjetiva. Al tiempo cronológico y reversible, asociado a la regresión y progresión evolutiva, opongo una temporalidad retroactiva, de tipo helicoidal. Está última se expondrá con detalle en 2.4.2.2. del próximo capítulo.

Jorge Luis Borges se aproximó con lucidez meridiana a la retro-significación mediante una frase muy escueta; en *Todos los ayeres un sueño*, escribió: “El pasado es arcilla que el presente labra a su antojo. Interminablemente.”

1.5.2.3. *Pasaje del narcisismo primario a la objetividad edípica. Los pseudópodos*

Tal vez el ejemplo ya comentado de la ameba, propuesto por Freud en su *Introducción al narcisismo* (1914), ha colaborado en la producción de los *impases* comentados: la retractilidad del pseudópodo reforzaría la ilusión del retorno a un tiempo anterior. Según mi entender, el modelo del protozoo ilustraría mejor la salida del narcisismo –emisión de pseudópodos, transformación de la libido yoica en libido objetal– que la supuesta regresión desde la objetividad al narcisismo (movimiento de retracción citoplasmática, retiro de la catexia libidinal de los objetos).

¿Es que la libido narcisista sería de igual naturaleza que la objetal? El narcisismo, ¿no sufre ninguna transformación cuando se produce un trasvase libidinal desde la representación del sí mismo hacia los objetos? ¿No se estará privilegiando los destinos de la libido –yo u objetos– sin considerar las modificaciones cualitativas de la misma, asociadas a tal desplazamiento?

A mi modo de ver, estos cambios son, justamente, los que otorgarían una cierta adherencia a los objetos y permitirían, además, una reorganización retroactiva de las representaciones inconscientes de los mismos, base, a su vez, de dos fenómenos de gran importancia: a) el establecimiento de una *constancia de la relación objetal*; y b) la generación de transferencias neuróticas (por proyección de las representaciones in-

conscientes de objetos sobre los otros; entre estos últimos: el analista). Se establecerían así los falsos enlaces, como los llamaba Freud, fundamento del fenómeno transferencial, según su opinión.

Postulo que una vez acontecidas estas transmutaciones de la libido, difícilmente se podría volver atrás; serían irreversibles. Lo que sí tendría variaciones sería lo cuantitativo y lo cualitativo de las transformaciones del narcisismo primario en su pasaje a la objetividad. De ahí, las suficiencias e insuficiencias de la retroacción edípica a que pueden dar lugar. Las características de la sintomatología dependerá de estos procesos. Y, también, la estabilidad psíquica; o, lo que es lo mismo, la mayor o menor tendencia a la desorganización. Lo escasamente resignificado desde lo edípico suele tener mayor tendencia a desmoronarse.

1.5.3. La relación indisoluble entre el narcisismo y el complejo de Edipo

La estructuración subjetiva infantil conforma aparatos psíquicos con predisposiciones variadas: a la psicosis, a la neurosis, a la perversión o a organizaciones psíquicas con potencialidad polivalente: borderlines, fronterizos, trastornos límites de la personalidad, etcétera. (Véase 3.9.1.; 3.10.2. y 3.10.3). Todas ellas serían en realidad configuraciones edípico-narcisistas en las que el *quantum* de presencia del narcisismo y lo edípico son fundamentales para el diagnóstico de la estructura. El pasaje por el Edipo y la castración produciría una *destilación edípica del narcisismo*. Como resultado del proceso de estructuración psíquica quedaría establecida en la mente del niño/a, una articulación fundamental entre el narcisismo y el Edipo. Todo abordaje de la organización psíquica –sea clínico o teórico– debería considerar siempre la interpenetración de ambas texturas psíquicas. Y esto, por dos razones de peso:

- En primer lugar, porque el ingreso al complejo de Edipo, además de ser un destino del narcisismo primario, implicaría la realización de una tarea de destilación de los remanentes narcisísticos que se incluyeron en las relaciones triangulares. Este *narcisismo edipizado* es cuantitativa y cualitativamente distinto del narcisismo primario, coetáneo al de la formación del yo.

- En segundo término, porque las diversas modalidades en que el narcisismo y Edipo quedarían engarzados –y los corolarios metapsicológicos que caracterizan a esta imbricación– serían elementos claves para el diagnóstico psicoanalítico.

Asimismo, sería importantísimo deshacer la coalescencia –cuando no la sinonimia– que algunos psicoanalistas, en especial los de orientación kleiniana, han establecido entre psicosis y arcaico (originario, primitivo). Tildar de psicóticas a las defensas y ansiedades tempranas (véase el apartado 3.3. del tomo 3) sería ir a contracorriente, justamente, de aquello que le llevó a Freud a introducir el concepto de narcisismo en la teoría psicoanalítica. A mi modo de ver, las vivencias más arcaicas –las de idealización o persecución, por ejemplo– aún las muy intensas, no tendrían por qué ser siempre e indefectiblemente de naturaleza psicótica. Este solapamiento engendró efectos clínicos y teóricos significativos; señalaré los dos que a mi juicio serían los más significativos; uno: la noción de núcleos psicóticos acabó sustituyendo al concepto de narcisismo; dos: los analistas kleinianos consideraron que la potencialidad psicótica era universal; todo sujeto podría devenir psicótico si se producía una regresión a la posición esquizo–paranoide.

1.6. Principales componentes del sistema identificador de mi propuesta

En las páginas siguientes, al exponer la temática planteada en el título de este apartado, se hará patente buena parte de lo postulado en los apartados 1.2. y 1.3. de este mismo capítulo acerca de mis marcos conceptuales y de mis filiaciones teóricas. Se podrá apreciar que la propuesta que haré recogió lo que considero más valioso de las aportaciones de Freud y Lacan; también he incorporado algunas tesis de Klein y otros psicoanalistas que trabajaron el tema. El procesamiento personal de ese conjunto de ideas evitó, creo, la posibilidad de caer en el eclecticismo.

Para ir directamente al grano, propondré la siguiente sistematización: un nivel primario de identificaciones, generador del zócalo psíquico, que será transformado y reorganizado retroactivamente por las identificaciones narcisistas y las secundarias edípicas. Este nivel identi-

ficatorio basal es el que lleva a cabo *la operación fundacional del sujeto psíquico*; gracias a esta última quedarían inscritas en el bebé las primerísimas trazas psíquicas que permitirían a las identificaciones posteriores actuar sobre un psiquismo rudimentario y continuar con su trabajo estructurante.

Lo que acabo de describir se refiere a los primeros tiempos de la estructuración subjetiva: inicios de la ontogenia; aquello que en páginas anteriores también recibió el nombre de *presubjetividad*. El devenir y las resignificaciones retroactivas situarán lo entonces acontecido como parte de la *historia personal* de cada sujeto. Pero además de este aspecto, postulo que la identificación primaria integraría otra faceta: me refiero a aquella que vehicularía la historia de la humanidad, aspecto éste que será retomado en diversos lugares de esta IV parte y, sin ir más lejos, en el próximo apartado. Conjeturo que fue al tener presente esta segunda faceta de la identificación primaria que el vienés atribuyó como objeto de la misma al padre de la *prehistoria personal* [capítulo III de *YyE* (1923)]. Freud la consideraba una suerte de transmisión filogenética que se iniciaría en el Protopadre de la Horda Primitiva, tal como se ha visto en 3.1. y más específicamente en 3.1.2. *¿De qué padre se trata?*, del tomo 2 de estos *Estudios psicoanalíticos*.

Sin embargo, después del vienés han habido —no podía ser de otro modo— otras maneras de entender esa transmisión del patrimonio simbólico construido por nuestros ancestros; esos traspasos fueron pensados siguiendo vías diferentes a la filogenética; por ejemplo: la familiar y la cultural. Mi pensamiento se orienta también en esa dirección: como ya dije, tomé distancias respecto de la *archefilia* y del filogenetismo de Freud; también del constitucionalismo férreo de Klein. Esto no implicó negar la presencia de factores congénitos y constitucionales en los bebés. Sería suficiente observar lo que sucede en cualquier servicio de obstetricia para verificar que cada niño/a llega al mundo con características propias y diferenciales (ya sea el tiempo que tarda en comenzar a llorar, ya sea la intensidad de ese llanto, ya sea diversidad del tono muscular o las distintas capacidades de respuestas adaptativas a los estímulos).

En los apartados siguientes presentaré tres modalidades de identificaciones estructurantes, a las que considero componentes básicos del sistema identificatorio que propongo:

- 1.6.1. La identificación primaria y sus dos modalidades:
incorporativa e introyectiva
- 1.6.2. La identificación narcisista
- 1.6.3. La identificación secundaria edípica

En el apartado 1.7. de este mismo capítulo serán referidas las identificaciones postedípicas –las del púber, adolescente y adulto joven– que dan continuidad al proceso estructurante de la primera infancia; allí mismo se hará también una aproximación metapsicológica a la adolescencia desde la perspectiva identificatoria.

- 1.6.1. La identificación primaria y sus dos modalidades:
incorporativa e introyectiva

Postulo la siguiente caracterización de la identificación primaria: operación constitutiva del sujeto psíquico –la más temprana de ellas– por medio de la cual se inscribirían de manera simultánea las primerísimas trazas que darán sostén a lo narcisístico y lo edípico del bebé. El recién nacido, abordado como objeto por los adultos que conforman su entorno, quedará envuelto, capturado, por todas las vertientes subjetivas que les son propias: corporal, deseante, pulsional, fantasmática, narcisista y las restantes que figuran en el diagrama del sujeto insertado en 2.5. del capítulo siguiente, iniciándose así la estructuración subjetiva del infante. Incluir ambos aspectos –el narcisístico y el edípico– desde los más tempranos momentos de la vida, me ha permitido salir del *impasse* que generaba concebir los orígenes de lo psíquico como absolutamente solipsista: si se empieza como puro narciso no hay razón ni posibilidad de salir de tal situación. Habría una infranqueable *ipseidad* del ser. Esta concepción de la identificación primaria está correlacionada con la hipótesis de la existencia de relaciones objetales en los comienzos de la vida psíquica [Klein, *EPN* (1932)] y lleva implícito el rechazo a la anobjetalidad postulada por el vienes en [*CIP* (1916-1917); OCFAE. XVI, p. 379]. Este aspecto será abordado de manera breve en esta página y de forma más extensa en el apartado 2.7. de este mismo tomo, donde se precisarán las características de esas relaciones primitivas.

Las identificaciones primarias darían origen a las primeras trazas

de psiquismo en el bebé. Conformarían el zócalo psíquico. Por lo tanto, las identificaciones posteriores –las narcisistas y las edípicas– se inscribirán y resignificarán los rudimentos psíquicos establecidos por las identificaciones primarias. Atribuyo a ellas una doble función:

- La transmisión de rasgos psíquicos de quienes conforman el entorno objetal. Se trata de las inscripciones que crean los cimientos del aparato psíquico y fundan simbólicamente al sujeto, tal como fue descrito *supra*, en 1.5.1.2.
- La transmisión del capital simbólico de la humanidad; que será encarado a continuación y que se ilustrará en 4.1. y 4.2. de este volumen por medio de sendos fragmentos literarios de María Zambrano y Marguerite Yourcenar.

La identificación primaria de Freud, al tener como objeto al padre de la prehistoria personal o al padre de la prehistoria del complejo de Edipo [*PMAY* (1921), *YyE* (1923)], incluía dentro de su orla semántica un principio transgeneracional –que conectaba al protosujeto con la historia de la humanidad–.²² Las identificaciones primarias que propongo transmitirían al niño/a el capital simbólico acumulado por la civilización a lo largo de milenios, pero no, como ya dije, por vía filogenética. Por otra parte se recordará que estos procesos identificatorios primarios acontecen en un contexto relacional muy asimétrico: por un lado, los adultos que conforman el entorno familiar y que actúan como sujetos ya constituidos; por otro, el bebé, dotado tan sólo de pobrísimos engramas psicofisiológicos innatos. La escasísima presencia en esos momentos de una actividad psíquica –en el sentido pleno del término– por parte del recién nacido, hace que tales vínculos no sean *sensu strictu* intersubjetivos: el psiquismo elemental del neonato está literalmente atravesado, impregnado por el psiquismo de los padres. Atendiendo a estas condiciones –y observando la situación desde el lugar del bebé– se la ha calificado ese estado con la palabra *presubjetividad*. Desde el lado adulto se estaría en presencia de sujetos ya constituidos; tanto el narcisismo como la estructura edípica de los padres intervienen en esa precoz transmisión intergeneracional e inconsciente de rasgos psíquicos.

* * * * *

En algunos escritos míos de hace un par de décadas –Korman, V.; *op. cit.* (1996)– propuse dos variedades de identificación primaria: la incorporativa y la introyectiva, que sigo considerando válidas. La primera se refiere al marcaje narcisista del infans realizado por los objetos primarios operando desde sus respectivas dimensiones narcisistas (posicionados como pequeño otro, como diría Lacan). La segunda, se relaciona con las inscripciones simbólicas (edípicas); serían los efectos identificantes producidos por los padres colocados en posición de gran Otro.

Las inscripciones introducidas por las primeras *marcas narcisistas* (nivel primario ligado al registro imaginario) son constitutivas del *yo-placer purificado* (*Lust-Ich*), núcleo a partir del cual se estructura el yo del narcisismo. (Véase, *supra*, 1.1.5.2).^{23*} Sobre estas inscripciones primigenias actuarán las identificaciones que fundan al yo (narcisistas, en la teoría freudiana; especulares, en la de Lacan). En estas últimas será la captación global, totalizante, la que ejercerá su poder identificante. Hablan del poder fascinante, cautivante que tiene la imagen de los congéneres sobre el *infans*.

Las inscripciones psíquicas producidas por el *marcaje simbólico primario* son reprocesadas por las identificaciones secundarias edípicas (a un rasgo altamente limitado, a un detalle circunscrito del objeto resignado [Freud; *YyE*]; al significante que en calidad de rasgo unario identifica al sujeto [Lacan; *S 9*, *S 11* y otros]). Estas últimas muestran el potencial inscriptor significativo de los padres ubicados en el lugar del gran Otro.

Freud no delimitó de manera explícita la parte propiamente imaginaria de la simbólica en esta relación identificante fundadora, aunque es cierto que la insinuó al proponer dos variantes identificatorias disímiles: la narcisista (que coincidiría en términos generales con el rectángulo superior de la figura siguiente) y la edípica que, a grandes rasgos, concordaría con el recuadro inferior. Esta discriminación del bien entre narcisismo y Edipo, fue retomada por Lacan bajo el par imaginario–simbólico, aspecto éste que funcionó como base para la separación neta que él efectuó entre el yo (*moi*) y el sujeto barrado (§). La diferenciación entre simbólico, imaginario y real fue una aportación lacaniana –que hice parcialmente mía para el sistema identificatorio que estoy proponiendo–. Dicho de otra manera: estas dos variedades –además de hacer

patente el potencial identificante de los padres respecto del vástago— subrayan que, cuando las marcas que identifican al infante son realizadas desde la dimensión narcisística de los padres, el mecanismo que operaría sería el de la incorporación y darían pie a la identificación primaria homónima; cuando el implante psíquico se haría desde los niveles edípicos presentes en el contexto objetal que acogió al recién nacido, se trataría de una identificación primaria introyectiva.

Mientras las primeras engendran el narcisismo (primario) del *in-fans*, las segundas propenden a la estructuración de la textura triangular edípica, en la mente del niño/a. Los siguientes cuadros sintetizan buena parte de lo recién expresado:

Identificación primaria <i>incorporativa</i> (nivel narcisístico, imaginario)	Padres en posición de pequeño otro	Introducción de las primeras marcas <i>narcisísticas</i> en el hijo
Identificación primaria <i>introyectiva</i> (nivel edípico, simbólico)	Padres en posición de gran Otro	Introducción de las primeras marcas <i>simbólicas</i> en el hijo

Más allá de los posibles acuerdos o discrepancias con estas propuestas, mi formulación intenta remarcar un aspecto que considero de especial importancia: la incidencia precoz y conjunta de ambas dimensiones parentales —narcisística y edípica— en la estructuración subjetiva de la niña o el niño.

Este doble influjo se ejercerá simultáneamente desde los primeros momentos de la vida del bebé. Si insisto en estas ideas, es porque creo que podrían ser de utilidad para minar dos esquematismos bastante difundidos: uno que insiste en que todo lo arcaico sería determinado por la relación con la madre; y otro, que sostiene que lo simbólico estaría a cargo exclusivo de la función paterna.

Si en el primer caso no se toma en consideración la presencia del tercero —padre de la criatura— en el inconsciente materno, en el segundo, se menospreciaría el hecho de que la madre es, habitualmente la primera representante de los Otros —terceridad— ante el niño. La función materna no es sólo narcisizante; es también simbólica, aspecto éste que subrayo especialmente dados los clichés en boga. Luego, quedaría por ver cómo cada madre singular cumplirá con esta faceta simbolizante de

su función. Muy tempranamente en su obra Freud [*IN* (1914)] describió la puesta en juego —y los efectos en el vástago— del narcisismo de los padres, del cual “su majestad el bebé” sería la prolongación.

También intuyó la presencia de los aspectos edípicos parentales en su escrito *Tótem y tabú* (1913) y luego desarrolló tales ideas en sus posteriores trabajos sobre el complejo de Edipo. Estos son suficientemente conocidos como para recordar únicamente las fechas de publicación: 1923, 1925, 1931 y 1933. Antes de finalizar este apartado haré un nuevo rodeo por las dos modalidades de identificación primaria haciendo hincapié en los mecanismos que se pondrían en juego en cada una de ellas.

La *incorporación* sería, pues, el mecanismo *princeps* que interveniría en la consumación de las inscripciones narcisistas, imaginarias, tanto de las correspondientes a las identificaciones primarias incorporativas como de las identificaciones narcisistas, constitutivas del yo.

La *introyección* sería el mecanismo propio de las inscripciones simbólicas, ya sea de las identificaciones primarias introyectivas, ya sea de las secundarias edípicas (al rasgo o detalle del objeto: *einziges Zug* freudiano, rasgo unario de Lacan). Ambas darían pie a la constitución de la textura triangular y de un sistema de relaciones de objeto más discriminadas. Para una caracterización freudiana de estos mecanismos véase los apartados 2.1. y 2.2. del tomo 1. Aún a riesgo de redundar, insistiré: si en las primarias *incorporativas* sería la captación global, totalizante, la que ejercería su poder identificante, en las *introyectivas*, sería un rasgo altamente limitado, un detalle del objeto resignado, abandonado, lo que devendría marca. Si las primeras hablarían del poder fascinante, cautivante que tiene la imagen de los congéneres sobre el *infans*, las segundas hablan de un potencial inscriptor signifiante (simbólico) de los padres, ubicados en el lugar de gran Otro.

1.6.2. La identificación narcisista

Suele ser habitual que se considere a la identificación narcisista como una reacción o respuesta a la pérdida de objeto. [Freud; *IN* (1914); *RILV* (1010)]^{24*}. Sin menospreciar esta faceta, me interesará poner de relieve la otra cara de la misma, habitualmente soslayada en la literatura psicoanalítica. Me refiero a la *pervivencia psíquica* del objeto total

incorporado y a la relación que se establecerá con él en la mente. A mi juicio, la identificación narcisista hablaría más de la capacidad (fantasmática en las neurosis, alucinatoria en las psicosis) de mantener vivo dentro de sí al objeto (supuestamente) perdido. Si esta hipótesis fuera cierta, convendría entonces relacionar esta identificación con la problemática del desamparo originario más que con la del duelo.

Hago aquí otro inciso para exponer una tesis personal: *considero que la constitución del narcisismo primario es una consecuencia de los intentos que hace el lactante para resolver el desamparo originario.* Frente a la angustia de separación del objeto primario, la identificación narcisista, fundadora del yo, otorgará al *infans* la presencia y permanencia intrapsíquica del objeto en cuestión.

Dado que la discontinuidad del vínculo con los objetos primarios sería inevitable, tal identificación narcisista devendría regla. Por esto, justamente, el narcisismo primario sería universal. La *incorporación* fantasmática de este objeto total y la posterior identificación con el mismo, permitiría poseerlo de manera incondicional, pero uno de los precios que pagaría el *infans* sería la dificultad de simbolizar su ausencia. Cuanto más aguda ha sido la vivencia de desamparo mayor será el recurso a la identificación narcisista.^{25*}

Lo explicitaré más ampliamente: si se conserva (internamente) al objeto, no habrá pérdida alguna y, por lo tanto, sería imposible el duelo. Desde esta perspectiva, la identificación narcisista no sería ni compensatoria de una pérdida ni la respuesta regresiva ante la misma. Más bien se trataría de una *no pérdida*, que se evidenciaría por la supervivencia (psíquica) del objeto y por la perdurabilidad de la relación interna con el mismo. Justamente, por eso no habrá duelo. Este último implica una elaboración simbólica de la pérdida, proceso este último que no ocurre si se consuma la identificación narcisista, que incorpora masivamente al objeto. Si en la identificación narcisista se privilegia la pérdida del objeto más que la pervivencia del mismo, se confundirá duelo con melancolía, cosa que ocurrió –en alguna medida– en las teorizaciones de Abraham, Melanie Klein y otros.

En las pérdidas objetales que acontecen en terrenos abonados por el narcisismo, la injuria y la virulencia con que fue vivido el desamparo ha llevado a incorporar ese objeto y a aferrarse a él. No se toleraron bien

las ausencias temporales –no sólo inevitables sino necesarias– en los vínculos con los objetos primarios. Deshacerse de esta identificación será –ahora– la verdadera amenaza de pérdida, porque se reactivará el desamparo y las angustias a él asociadas. Por eso el sujeto parecería preferir el eterno combate sadomasoquista intrapsíquico con el objeto, antes que renunciar al mismo.²⁶

Mantendría la ilusión de “amamantarse” de ese objeto perdido (a medias) y revivido en la mente: se evitaría así la angustia de separación que este desprendimiento podría despertar. Por medio de este tipo de identificación, se establecía una pseudo-solución de carácter incestuoso ante la exacerbada angustia de separación: la soldadura psíquica al objeto primario. Buscaban neutralizar, así, una angustia de separación particularmente intensa, pero pagaban como tributo un narcisismo exacerbado y, habitualmente, deletéreo, que les condicionaba el posterior tránsito edípico. La identificación narcisista sería productora de una seguridad ilusoria, pero seguridad al fin: la que otorgaría el seguir portando al objeto dentro de sí. Aunque de esta manera se perpetuaba la conflictividad –agresividad enorme, ambivalencia hacia el objeto, satisfacción de las tendencias sadomasoquistas– se sentiría que esto era más tolerable que la “orfandad” que conllevaría el desprenderse del objeto.

Las vivencias de abandonar o de ser abandonado suelen ser potentes en estas situaciones. Igualmente, el sentimiento de que se traicionaría al objeto si se tomaran las distancias –internas y externas– necesarias para diferenciarse del mismo. Lo mortífero del narcisismo está en no trascenderlo de manera suficiente y adecuada, mediante la apertura a las modalidades de relación objetal edípica. En el apartado 3.11. se plantearán las implicancias que tiene en la tarea clínica pensar la identificación narcisista de este modo.

1.6.3. La identificación secundaria edípica^{27*}

Tomarían el relevo de las primarias y las narcisistas en el proceso de estructuración subjetiva. Si la primaria sería según Freud [YyE (1923)] “directa, inmediata {no mediadas} y más temprana que cualquier investidura de objeto”, las edípicas serían secundarias a una investidura libidinal y acontecían cuando ya existía un yo constituido y cierta discri-

minación sujeto-objeto. Estas identificaciones comenzaban a consumarse tras la salida del narcisismo primario, en plena fase fálica, cuando se planteaban las elecciones de objeto propias del complejo Edipo, etapa culminante de la construcción de la subjetividad en la primera infancia.

Estas modalidades identificatorias serían a un rasgo o detalle parcial, del objeto. Sólo una traza altamente limitada del objeto era implantada en el candidato a sujeto. Presuponían el pasaje por la castración y organizaban retroactivamente la ya no tan incipiente organización psíquica generada por las identificaciones anteriores (primarias y narcisistas).

Los objetos edípicos, obvio es decirlo, serían también objetos de identificación. Ésta acontecería en un terreno organizado de manera triangular; por lo tanto, la identificación y la elección de objeto se dirigirían de manera divergente hacia los dos vértices –padre y madre– del triángulo edípico. La tipificación sexual (femenina–masculina) estaba en juego; también el deseo hacia la madre y el padre. Se ha de tener presente que en este contexto edípico los objetos serían tanto amados como deseados por el niño/a. En relación al aspecto deseante he propuesto recuperar el término *extrayección* –que el psicoanalista triestino Edoardo Weiss utilizó con otros significados–, para designar al mecanismo de externalización de la huella mnémica desiderativa inconsciente sobre los objetos externos, que los convertiría en objetos deseados. Estas consideraciones, si bien irían más allá de la temática de la identificación, serían especialmente válidas en esa comarca teórica.

Así pues, las identificaciones secundarias edípicas se inscribirían en los registros de la elección de objetos de amor y del deseo del niño/a. Las elecciones amorosas serían dobles: narcisísticas y anaclíticas (Edipo completo) y las identificaciones tendrían lugar *durante* el complejo de Edipo; es decir, serían *concomitantes* a la relación libidinal con un objeto [el subtipo e) del apartado 4.6.4. del tomo 2] y en la declinación del mismo, cuando el *infans* debe abandonar sus objetos eróticos infantiles (subtipo b). Las principales características de estas identificaciones y las del terreno psíquico en el que se consumaban, eran las siguientes:

- Habría un Yo ya constituido, cosa que posibilitaría establecer las diferencias entre yo y no yo. Se trataba de relaciones más discriminadas que aquéllas que dieron pie a las identificaciones prima-

- rias y narcisistas. Esto posibilitaba la elección de objetos de amor infantiles: objetos totales del yo (objetos edípicos).
- Operarían sobre un zócalo psíquico establecido por las identificaciones primarias y narcisistas.
 - Acontecen en el registro pulsional fálico.
 - El mecanismo principal que intervendría en las identificaciones secundarias edípicas sería la introyección. Tendrían especial importancia las identificaciones que se consumadas en el momento de la *declinación* del complejo de Edipo: se trataría de un subtipo de identificaciones secundarias edípicas: las consecutivas a la renuncia al objeto. [Véase 4.6.4. del tomo 2, categorías b), c) y d)].
 - Las identificaciones yoicas y superyoicas serían modalidades de la identificación secundaria edípica.

Al iniciarse el período de latencia quedaría formado y en funcionamiento un aparato psíquico con todas las instancias y sistemas descritos en la primera tópica (*Inc.-Prec.-Cc.*) y en la segunda (Ello, yo, superyó); también estarían constituidas ambas instancias ideales –yo ideal e Ideal del yo–; la primera de ellas surgía con anterioridad en tanto era heredera del narcisismo primario –en realidad se trataría de un relicario del mismo– mientras que la segunda aparecería después de la declinación de dicho complejo.

El pasaje por el Edipo y la consumación de las identificaciones secundarias que le eran inherentes, acababan modelando el conjunto de los sistemas y estructuras psíquicas. Si el mecanismo que fundó y organizó el aparato psíquico durante el período de la sexualidad infantil fue la represión, se estaría en presencia de una estructura neurótica; si habría operado la renegación, la predisposición resultante sería hacia la perversión. Como tercera alternativa, tendríamos la estructura psicótica, en cuya formación operó el repudio (*Verwerfung*) o forclusión. Otra posibilidad, tal como vengo sosteniendo en los últimos años, serían los cuadros con insuficiente resignificación retroactiva edípica (C.I.R.R.E.), cuyos caracteres estructurales y fenomenológicos describí en un par de artículos.²⁸

Otros momentos claves de la estructuración subjetiva tendrían lugar en la pubertad y en la adolescencia: se consumirían nuevas identifi-

caciones –las postedípicas– que continuarían con la remodelación del aparato psíquico y con la tarea de reorganizarlo retroactivamente a partir de las nuevas identificaciones. Ellas serán encaradas con detalle en el apartado siguiente.

Me resulta especialmente valiosa la perspectiva abierta por Lacan con sus consideraciones acerca de la capacidad identificante de los discursos sostenidos por las diferentes encarnaciones del Otro respecto de ciertos rasgos o características psíquicas de algunos antepasados de la familia. Permite entender, entre otras cosas, la identificación con personas y personajes con quienes no se ha tenido un contacto directo sino mediado por la palabra de terceros. Este aspecto será tratado en el apartado 2.10. y en el capítulo 4.; en este último se ilustrará la modalidad identificatoria recién comentada a través de los testimonios de escritores.

1.7. Las identificaciones postedípicas. Pubertad y adolescencia

En este apartado se abordará otro momento clave de la estructuración subjetiva: el que acontece a continuación de la declinación del complejo de Edipo y del periodo de latencia. Lo desarrollado en los apartados anteriores trató acerca de la estructuración psíquica **inicial** de cada nuevo sujeto. Tales eventos ocurren durante la primera infancia y dan pie a la formación un aparato psíquico con las predisposiciones que se acaban de mencionar. En esos momentos actuarían las tres identificaciones *estructurantes* recién comentadas –las primarias, las narcisistas y las secundarias edípicas–. (Véase también la tabla del apartado 4.5.1. del tomo 2). Ellas tendrían al inconsciente parental como punto de partida. Las identificaciones post-edípicas, en cambio, amplían y diversifican el número de objetos identificantes, extendiéndolo hacia todos aquellos con los que el niño latente, el púber, el adolescente y el adulto joven entran en contacto; además, no sólo son inconscientes; también las hay preconcientes y, en ocasiones, concientes. En las post-edípicas, el contexto social –además del familiar–, deviene una fuente importante de rasgos identificantes. Las características principales del primer y segundo momento estructurante quedaron bosquejada de manera resumida en sendos diagramas insertados al inicio del apartado 2.4. del capítulo siguiente. En el primer esquema se observa que lo social se

hace carne y psique en el candidato a sujeto por interpósita familia; en el segundo diagrama se aprecia que lo social penetra en el adolescente y en el adulto joven tanto a través de la familia como también por vías más directas. Ya estaría constituida lo que he denominado “la membrana sujetal”. Ella es permeable y facilita un intercambio a doble vía entre el sujeto y lo social. La influencia identificante de lo social sobre los adolescentes nos muestra que el psicoanálisis de estos últimos es –y ha sido– un observatorio privilegiado de las transformaciones de la vida comunitaria y cultural de cada época. Sin duda, los cambios acontecidos en las últimas décadas son de una vertiginosidad enormes y han modificado con radicalidad la subjetividad de los jóvenes.^{30*}

En las próximas páginas se expondrán las problemáticas enunciadas a través del siguiente orden expositivo:

- 1.7.1. Las identificaciones postedípicas
- 1.7.2. El púber y el adolescente
- 1.7.3. La reedición de los grandes temas edípicos en el adolescente
- 1.7.4. Transformaciones subjetivas puberales y adolescentes
- 1.7.5. ¿Identificaciones estructurales o transitorias?

1.7.1. Las identificaciones postedípicas

En las identificaciones postedípicas convergen dos parámetros: uno, temporal y otro estructural. El primero alude al momento en que acontecen; como su nombre lo indica, son las que se consuman tras la declinación del Edipo. El segundo refiere que el complejo de Edipo es una *estructura estructurante*: ella va más allá de la “novela edípica”, que relata los amores y odios de los infantes hacia sus padres, distribuidos de manera diferente según se trate de una niña o un niño. (Véase 1.6. del tomo 1 y 4.6 5. del volumen 2). Las referencias que haré a ese complejo en la adolescencia incluirán explícita o implícitamente la idea de un espacio-tiempo en que se consuman de manera vertiginosa múltiples identificaciones que remodelan la organización y funcionamiento del aparato psíquico surgido de la estructuración infantil del sujeto. Serán identificaciones que también reorganizan retroactivamente el psiquismo

que se configuró con anterioridad. Por lo tanto, lo novedoso que surja durante la adolescencia integrará y refundirá lo vivido anteriormente.

Entre las principales identificaciones postedípicas caben mencionar las que acontecen en el seno de las masas, las yoicas, las superyoicas y las ideal-yoicas. Ellas completan el mosaico identificatorio de cada sujeto y se inscriben en instancias psíquicas ya constituidas. En términos generales se trata de identificaciones *secundarias*, concomitantes a las relaciones de objeto, implantan rasgos parciales de los objetos aunque también son frecuentes las identificaciones narcisistas que suelen alimentar idealizaciones intensas, denigraciones y omnipotencias. Entre los mecanismos que las consuman, cabrá citar como predominantes: introyección, incorporación, proyección, ligazón, imitación y empatía.²⁹

1.7.2. El púber y el adolescente

El término adolescencia no tiene, estrictamente hablando, la categoría de concepto en la teoría psicoanalítica. Tal vez por eso, los enfoques psico-sociológicos y culturales acerca de ella ocuparon tanto espacio en nuestra disciplina en desmedro de una perspectiva metapsicológica. Ejemplo de esto es la frecuencia con que se considera a la adolescencia como una simple fase evolutiva situada entre la pubertad y la edad adulta. Esa es una verdad incontestable, pero, desde el punto de vista psicoanalítico nos interesa saber otros aspectos que van más allá de situarla como un periodo transitorio de la vida de una persona. En este contexto se hablará del adolescente singular, más que de la adolescencia en general; se intentará además que las consideraciones giren en torno a cómo el adolescente integra y significa de manera retroactiva la infancia y, a su vez, cómo la vida adulta transforma y subsume la niñez y el período juvenil de cada uno. Otra característica de estas aproximaciones psico-sociológica al tema suele ser su tendencia a la generalización: se habla más bien de la adolescencia en sentido amplio, basándose habitualmente en el estudio de las conflictos y conductas *manifiestas* de los jóvenes. Lo que al psicoanálisis le importa, en cambio, es hacer inteligibles tales comportamientos dentro de la concepción de un sujeto dividido, otorgando especial relieve lo inconsciente. La generalización pierde de vista la singularidad de cada adolescente. Lo que puede ser vá-

lido para uno de ellos, no es necesariamente extensible a los demás. Tal vez ninguna otra situación como la de la adolescencia nos exija aclarar, inmediatamente después de afirmar algo, que lo opuesto a lo dicho también sería válido y que en medio de esos dos polos, siempre habrá otros mil matices posibles de lo mismo. Por lo tanto, se abordará el tema desde otros ángulos: aquéllos que permitan discernir desde el punto de vista psicoanalítico —es decir: desde el campo de las producciones del inconsciente— cuál es la originalidad de cada adolescente.

Partiré de una primera caracterización que posibilitará enhebrar las consideraciones iniciales. Propongo considerar la adolescencia como una importante reorganización retroactiva de la subjetividad surgida por vía identificatoria en el proceso estructurante de la infancia y de la latencia. En ella se produce una remodelación profunda del psiquismo, en todas y cada una de sus instancias y dimensiones, tras el impacto pubertario en lo real del cuerpo. Este proceso no ocurre de golpe; más bien configura una travesía de duración variable. Lo esencial no es cuánto dura sino la manera en que se realiza esa reorganización psíquica. Más adelante, precisaré cómo y en qué planos de la subjetividad se producen tales transformaciones; pero diré desde ya que éstas suponen una reedición, con diferencias, de la problemática edípica infantil. La travesía adolescente implica una recapitulación de todo lo vivido durante el complejo edípico de la primera infancia, pero a condición de tener claro que ella se hace sobre nuevas bases, en otras circunstancias psíquicas y biológicas y en contextos diferentes. Todo ello posibilita experiencias novedosas. El pasaje adolescente supone continuidad con lo anterior, pero también un salto respecto de la infancia.

Se abordará esta reedición del complejo de Edipo en la adolescencia en dos planos: uno, el que hace a la repetición de las grandes cuestiones que en él ya se plantearon: sexualidad, castración, diferencia de los sexos, parricidio, elección de objetos de amor y deseo, etcétera. El segundo nivel es el de la repetición del Edipo entendido como estructura estructurante de lo psíquico; es decir, como reedición de un espacio-tiempo en el que ocurren nuevas identificaciones que reestructuran el aparato psíquico surgido de las tres identificaciones estructurantes de la primera infancia. Este segundo plano subsume e integra al primero.

1.7.3. La reedición de los grandes temas edípicos en el adolescente

Al joven se le vuelve a plantear la necesidad de posicionarse frente a la diferencia de los sexos, pero ya no en el contexto de una sexualidad fálica sino genital, cosa que reclamará el encuentro con otro cuerpo.

Se le exige, quizá por primera vez, la necesidad de abandonar a los padres de la infancia; además, retorna el tema del parricidio: deberá comenzar a llevar a cabo su consumación simbólica. (Véase al respecto el apartado 3.14.2). En la adolescencia el tema de la muerte adquiere nuevos matices: para los jóvenes se hace patente que los padres pueden morirse no sólo imaginariamente, por el parricidio fantaseado, sino por causas del orden de la realidad. La idea de la finitud de la vida suele hacer una violenta aparición en la adolescencia y con ella la cuestión del encadenamiento transgeneracional, con todos sus corolarios.

Las elecciones de objeto aparecen, igualmente, en el horizonte; pero ahora la búsqueda ha de ser exogámica, con todo lo que ésto implica de *reencuentro* con los objetos infantiles, aspecto éste que determinará, insoslayablemente, que tales elecciones sean conflictivas.

El complejo de Edipo entendido como estructura estructurante retorna a primer plano en el adolescente, aunque lo nuevo no realizará un simple desplazamiento del pasado hacia atrás: dará lugar a una transformación de lo antiguo a través de la resignificación retroactiva. Esto hace que cada adolescente reprocese su peculiar configuración edípico-narcisista –véase 1.5.3.– tras la declinación del complejo en la infancia.

No se reiterarán los fundamentos para los diagnósticos de neurosis, psicosis y perversión, ni de las dinámicas psíquicas que generan sus mecanismos fundantes (represión, forclusión o renegación); en cambio puede ser útil recordar que durante el pasaje adolescente se ratifica o rectifica la *predisposición* que surge de los procesos estructurantes de la niñez. En la infancia, las defensas utilizadas son móviles, no definitivas. Salvo que una se intensifique en demasía, no determinan –de manera concluyente– la estructura clínica del sujeto. Queda aún la revisión y las posibles transformaciones de la adolescencia. Éste es un período particularmente sensible, que puede introducir cambios en la organización psíquica de base. La desidealización de los padres, si por un lado es un factor estructurante de primerísimo orden en este período,

no deja de crear situaciones de riesgo, en cuánto a quiénes ocuparán los lugares que dejan semi-vacantes los personajes familiares. El tambaleo de la función paterna en esos momentos puede explicar la eclosión de crisis psicóticas, trastornos límites o adicciones severas que, en una primera instancia nos sorprenden por lo inesperado. Sin embargo se acaban entendiendo al descubrir ciertas zonas frágiles en la estructuración psíquica infantil del joven. Menos desconcertantes suelen ser los resquebrajamientos de equilibrios conseguidos con dificultad durante la latencia. Pero no debe excluirse que se puedan subsanar o compensar ciertos trastornos mal resueltos en la infancia, gracias a un cambio de actitud de los padres y del propio adolescente. Ningún diagnóstico que se establezca en este periodo de la vida deberá considerarse definitivo. La evolución subsiguiente lo dirá.

La salida de la adolescencia dejará claramente establecida la estructura psíquica del sujeto (neurótica, psicótica, perversa o polimorfa). Las futuras identificaciones ya no formarán nuevas instancias psíquicas.

1.7.4. Transformaciones subjetivas puberales y adolescentes

A continuación y sin ánimo generalizante señalaré algunos de los cambios que con mayor frecuencia suelen observarse en la subjetividad de estos jóvenes como efectos de la actuación –prolongada, reiterada– de la estructura estructurante edípica. El abanico de las formas de presentación de tales mutaciones es enorme; subrayo de nuevo la singularidad con que estas manifestaciones son vividas por cada joven. En la descripción de esos cambios subjetivos seguiré el orden con que aparecen las dimensiones psíquicas en el diagrama del sujeto insertado en el apartado 2.5. de este mismo tomo. Se apuntarán como al pasar algunas de las manifestaciones sintomáticas a las que pueden dar pie.

➤ Cuerpo

Aparecen importantísimos cambios a nivel todos los aparatos y sistemas biológicos. Los más evidentes son las manifestaciones de los caracteres sexuales secundarios: la menarca y los senos en las niñas; el cambio de la voz y la pilosidad en el varón, además del crecimiento

del vello pubiano en ambos sexos. Se observa con frecuencia una gran confusión en los jóvenes ante la vertiginosidad de esos cambios, máxime cuando son vividos como disarmónicos. Tal extrañeza es dentro de ciertos límites habitual, pero no es rara la aparición de síntomas hipocondríacos y de dismorfofobias. La vergüenza suele atacarles cuando descubren que sus cambios corporales son percibidos por el entorno. El primer sujetador y la primera maquinilla de afeitar se convierten en objetos emblemáticos. Vienen a señalar que estas transformaciones somáticas implican un cambio de valor y de estatuto del cuerpo. Esto suele despertar múltiples y variados afectos: angustias, temores, desasosiego, desconciertos, raramente se lo vive con alegría y en algunas circunstancias menos favorables pueden aparecer sensaciones de despersonalización. Generalmente estos sentimientos aparecen combinados y en dicha mezcla se descubre a veces cierto orgullo por estar creciendo. Es clásico sostener que el adolescente hace un duelo por el cuerpo perdido de la infancia y por su destronamiento del lugar de niño pequeño y mimado. Pero también cabrá reconocer que todo no es duelo porque el adolescente, todavía protegido por el paraguas de los padres, puede experimentar momentos de júbilo y de alegría. En algunas sociedades desarrolladas y en las familias sin penurias económicas se suele otorgar bastante tiempo para conocer la verdadera crudeza de la vida.

Otro aspecto relacionado con lo corporal son los tatuajes y, en versiones más patológicas, los cortes y lesiones auto-provocadas. “Ir a la moda” parece ser otro fenómeno de masa bastante extendido.

➤ Dimensión del cuerpo erógeno

Este cuerpo, más cercano a la geografía libidinal que a lo anatómico, sufre también un impacto significativo. Hecho de bordes y orificios, de áreas sensibles y turgentes, ese cuerpo sufre cambios cuantitativos y cualitativos, sobre todo en la excitabilidad de las zonas erógenas. La sensualidad es vivida a flor de piel. La representación inconsciente del cuerpo se va rehaciendo con cada nuevo empuje pulsional. Bulimias, anorexias, hipocondrías encuentran en las distorsiones flagrantes de la representación corporal inconsciente otra raíz etiológica, dentro de la siempre compleja sobredeterminación de estas entidades clínicas.

➤ Dimensión pulsional

Hay un desbordamiento pulsional coincidente con la emergencia de la genitalidad, que reactiva, amplifica y resignifica la sexualidad fálica. La ya comentada presencia de la menstruación y de las primeras emisiones de esperma pautan este tránsito. Entonces se hace posible procrear biológicamente, cosa que no significa estar en condiciones de sostener la maternidad y la paternidad humanas, en tanto éstas no se reducen a una mera reproducción de la carne. Habrá un nuevo replanteamiento de la diferencia de los sexos que implicará, a su vez, posicionarse ante otro cuerpo diferente al suyo; la mayor de las veces, del otro sexo. Las inhibiciones en la seducción y coqueteo son frecuentes. A veces adquieren la forma de menosprecio hacia el otro u otra. No es raro el consumo de alcohol como intento de superar, al menos momentáneamente, tales inhibiciones. Las pulsiones parciales, después del surgimiento de la genitalidad, quedan en el mejor de los casos, integradas a ésta bajo la forma de placeres preliminares en la relación sexual. A veces, especialmente cuando las pulsiones parciales no confluyeron hacia lo fálico en la infancia, éstas pueden mantener cierta autonomía e, incluso, imponer su fin a la genitalidad, preparando el terreno para futuras formas *sui generis* de sexualidad. Cabe recordar la incidencia de estas pulsiones parciales en la formación de rasgos de carácter y la posible sublimación de las mismas que, como es sabido, se amplía en la adolescencia.

La presencia de desbordamientos pulsionales está entre las causas que promueven las actuaciones del adolescente; mucho más si en la infancia estuvo dificultada la integración de la pulsión oral y anal en la fálica. En tales circunstancias se conserva e, incluso, se exagera el autoerotismo. Tal situación, junto con la psicoddependencia a los objetos parentales, está en la base de muchas adicciones a las drogas, al alcohol, a los videojuegos, *tablets* o teléfonos móviles. Se buscará una satisfacción pulsional directa con un objeto y se soslaya así el encuentro con otro cuerpo.

➤ Dimensión inconsciente

Bajo este título pretendo dar cabida a algunos aspectos ligados a la

primera tónica freudiana. En primer lugar, cabe señalar la resignificación de las inscripciones inconscientes, a partir de las nuevas experiencias vitales del adolescente. Se incrementa la presencia del principio de realidad en el accionar del joven, mientras que el principio del placer queda recluido al plano de las formaciones del inconsciente. Se acentúa el tabicamiento entre el preconscious y el inconsciente (en las estructuras neuróticas, por supuesto). Esto posibilita, a su vez, la utilización de formas de pensamiento más abstractas que la mágico-omnipotente de la infancia.

A los códigos familiares –que también sufren cambios– se añaden los discursos predominantes en la cultura. Fenómenos tan peculiares como los diarios personales, la escritura de cartas y poemas, el empleo de argots y jergas aprendidos de otros adolescentes, son indicadores de un nuevo uso del lenguaje. No suele ser raro en los últimos tiempos que la laminación de lo simbólico conduzca a empobrecimientos del lenguaje y de la capacidad de abstracción.

El adolescente suele realizar el pasaje desde una gran sujeción al deseo del Otro a estar en condiciones de preguntarse por el propio deseo. Son muy frecuentes las reflexiones “filosóficas” sobre el sentido de la vida; la muerte adquiere nuevos significados. En el adolescente puede instalarse de forma dolorosa el pensamiento sobre el posible fallecimiento de un ser querido y, más ampliamente. Se hace más patente la finitud de la vida; incluso de la propia. Aparecen angustias, formaciones sustitutivas y contrainvestiduras para renegar tales representaciones.

Asimismo, la nueva ola represiva de los reaparecidos deseos edípicos –tanto eróticos como agresivos– suelen generar retornos de lo reprimido que producen dificultades añadidas en el establecimiento de vínculos amistosos y amorosos.

➤ Dimensión fantasmática

No son raras las fantasías de ser iniciado sexualmente por una persona mayor, que le enseñe los secretos del sexo. Muchas veces el propio adolescente, riéndose de sí mismo, detecta en estas fantasías, el retorno de deseos incestuosos. En la travesía adolescente, hay una transformación del complejo fantasmático en su conjunto.

➤ Dimensión narcisista

Todas las instancias de raigambre narcisista –Yo ideal, ideal del yo, superyó– sufren cambios considerables. El yo ideal, relicario del narcisismo primario suele reactivarse. Se expresa bajo fórmulas del tipo “yo lo puedo todo”, “no te necesito ya”, dirijo a sus padres. Esta renovada omnipotencia –bastante habitual por cierto– habrá de ser sometida nuevamente a la castración, para que pueda lograrse un equilibrio más adecuado entre el yo ideal, el ideal del yo y el accionar del yo.

Por otra parte, el padre deja de funcionar como Ideal del Yo. Este último se desplaza, ahora, hacia personajes extra familiares. Hay riesgos en esa sustitución, especialmente cuando la misma se realiza con líderes que actúan con impunidad o cuando se produce una integración a grupos violentos. Las identificaciones que Freud describió en el seno de las masas se hacen allí patentes. En esos casos se verá acentuado el atropello que suelen dispensar a sus padres, quienes ignorándolo a veces, o sabiéndolo en otras, ven como sus hijos van haciendo suyas ideologías rígidas y, a veces, perversas que parecen tener todas las respuestas para las inquietudes e incertidumbres del adolescente.

También se observa grandes oscilaciones de la autoestima, que se manifiestan mediante estados depresivos o períodos maníacos. El rebrote narcisista conlleva la imperiosa necesidad de afirmar y reclamar su singularidad, su ser único. Pero junto a ésto, el anhelo de ser reconocido como semejante por los otros. Estas demandas y el constante desafío y crisis matrimoniales se desencadenan como efecto secundario de las críticas del hijo a los padres, sobre todo si se establecen alianzas espurias cuestionamiento a los padres genera un resquebrajamiento del narcisismo familiar, elemento hasta entonces aglutinante del grupo. No pocas entre el joven y uno de los progenitores, en contra del tercero. Otro fenómeno narcisista: el surgimiento de la figura del héroe, personaje tantas veces fantaseado, tantas veces imaginado, visto y revisto en películas, en series, en videojuegos; leído y releído en *cómics* y a veces en libros. Se trata de una construcción imaginaria sobre la que se desplaza la otra idealización de los padres de la infancia. Algo similar ocurre con los ídolos, sean musicales, deportivos, “estrellas” de cine, de la televisión, “gente de moda”, dirigentes políticos u otros personajes públicos.

En estas situaciones convendrá precisar si se trata de idealizaciones con punto de partida en el yo ideal o en el Ideal del yo. La novela familiar, se enhebra con lo anterior; cumple la tarea de construir, sobre el derrumbe de la idealización parental, una historia fantasmática y grandiosa, que explica sus orígenes en padres extraordinarios.

➤ Dimensión edípica

Ya me he referido ampliamente en este apartado a lo edípico. Quiero hacer aquí dos puntualizaciones más. La primera, respecto a la elección de objetos exogámicos. Dichos objetos han de moverse dentro de una determinada franja: lo suficientemente cerca de las imagos parentales inconscientes, para que se desencadene el amor y el deseo; lo suficientemente lejos de éstas, para evitar la impotencia y la inhibición sexual.

La segunda se refiere al parricidio o asesinato simbólico del padre, tema que será tratado desde una perspectiva más amplia en 13.4.2. Diré, para finalizar con el tema del padre, que para el adolescente éste deja de ser el representante único del orden simbólico.

➤ Dimensión yoica

También el yo sufre una remodelación identificatoria, aunque continúa con su función defensiva y le arroga la representación oficial del sujeto. Seguirá siendo sede de los afectos y pasiones del adolescente, que suele buscar en estas últimas más que un objeto, un estado de exaltación yoica.

➤ Dimensión transferente

Todos estos cambios que se van operando en el adolescente inciden para que también las transferencias que él genera se modifiquen. En los últimos años he elaborado una caracterización de la misma que fue expuesta en a nota final nº 12 de este capítulo. La profunda metamorfosis psíquica del púber y del adolescente hará variar la calidad de las transferencias por él producidas. Ellas, además de ser singulares, impregnarán todos los vínculos del joven.

➤ Dimensión superyoica

Si el parricidio es universal, la culpa será un componente estable de la psique; nadie escapará a ella. Por otra parte, la “moralidad implacable” del adolescente, al decir de Winnicott, describe bien lo que el joven procesa: un desengaño y una frustración por una promesa infantil incumplida. Lo prometido podría formularse en los siguientes términos: “renuncia a ese goce total que sería el incesto con tu madre (o tu padre), porque está prohibido, y porque renunciando ahora a él, tendrás acceso al mismo, más tarde, cuando seas grande”. Tal desengaño hace al adolescente hipersensible por todas las promesas anteriores incumplidas. Tampoco cree en las nuevas. Reaccionará con violencia a las contradicciones del discurso de los padres –que siempre podrá encontrar– y las denunciará, tocando donde más duele. Y sobre todo, apuntará a las disparidades entre el decir y el hacer de ellos. El adolescente acabará descubriendo que el ejercicio de la sexualidad no asegura que ninguna relación pueda hacer de dos Uno; su expectativa de goce total se ve frustrada. ¿Cuántos intentos, cuántos ensayos de los adolescentes –con patología psíquica severa o no– suponen la búsqueda de una relación total con seres humanos, a veces; con drogas, otras, tras descubrir que aquella antigua promesa era, en el fondo, imposible de cumplir. Señalaré, de paso, que este tipo de vínculos totales buscados –a veces creen haberlo encontrado– asientan sobre el trasfondo de un desamparo exacerbado y revivido en algunos adolescentes. Tal situación puede ser terreno fértil para el aprendizaje o la puesta en acción de juegos perversos en los que, como víctima o victimario, se ejerce la extorsión afectiva y la coacción: se trata de infisionar al otro, captarle los puntos débiles, reducirlo, explotarlo... hasta dejarle vacío y desecharlo como si se tratara de un mero objeto. ¿Cuánto de este mismo desvalimiento lleva también, como ya se insinuó, a que se embriaguen con teorías, ideologías, religiones, o a que se cobijen en grupos fundamentalistas?

Nuestra sociedad post-moderna se las apaña para ofrecer una extensa gama de “productos” para tales menesteres. Se explota el trasfondo frágil del adolescente –de la condición humana en general– para pasar de las creencias más o menos necesarias a las mistificaciones, con sus corolarios de omnipotencias de todo tipo.

➤ Relaciones sociales

Podríamos conceder ahora, tras todas las consideraciones metapsicológicas realizadas, que cada púber, adolescente y adulto joven realiza un pasaje desde los vínculos familiares hacia las relaciones exogámicas. En ese sentido se produce una importante apertura; es habitual que ella sea gradual; de esta manera se favorece un despegue paulatino de la familia y una progresiva inserción social. Pero no son raras las situaciones disruptivas, las fugas violentas del entorno familiar, precedidas casi siempre por críticas despiadadas a las padres.

Winnicott, con la sencillez y profundidad que le caracterizó, se refería a estas salidas explosivas diciendo que eran búsquedas, por parte del adolescente, de “un lugar donde sentirse real”. La salida de la endogamia supone habitualmente la integración en grupos: las clásicas pandillas o núcleos de pares o bandas, que suelen cumplir un papel positivo en la vida del adolescente. En ellos puede empezar a desplegar actividades de tipo sublimatorias (teatro, grupos musicales, reuniones de juegos sociales), cuando no –y esta es la otra cara– la iniciación al consumo de drogas, abuso de alcohol, etc. Convendrá no dramatizar excesivamente tales eventos, pero tampoco menospreciar los coqueteos con estupefacientes y la bebida excesiva. Se sabe que es una época de ensayos y errores del adolescente, pero también que está atravesando un momento de fragilidad –muchas veces disimulado por él– en el que pueden romperse equilibrios psíquicos precariamente contruidos. Por otra parte, las exigencias de la educación, el ejercicio de nuevos roles sociales, la capacitación para el futuro laboral y profesional, suponen para el adolescente y para el incipiente adulto nuevas exigencias, con las consiguientes posibilidades de fracasos. También es el momento en que el joven comienza, con dificultades, a hacerse responsable de sus actos, abandonando poco a poco, la habitual actitud de echar balones fuera.

Junto a este despliegue en una red social mas amplia, suele haber una defensa férrea de lo privado, que se manifiesta, por ejemplo, en las prohibiciones a entrar en su habitación, en el mutismo e impenetrabilidad respecto de determinadas facetas de su vida, y en la constitución de baluartes ultra-privados, tanto más valiosos cuanto más se logra que la intimidad quede preservada. Habrá que respetar tales actitudes, pero

será útil no pecar de ingenuidad: los límites entre la privacidad necesaria y el ocultamiento intencional suelen ser poco claros.

* * * * *

Este recorrido por cada una de las dimensiones psíquicas tenía el objetivo de mostrar la intensidad y profundidad con la que cada adolescente procesa la reviviscencia del Edipo y las trasmutaciones subjetivas que éste conlleva. Si en cierto sentido podría afirmarse que es una crisis *obligada*, aspecto éste que la diferencia de todas las otras crisis, cabe agregar que más que única puede ser vista como una que es paradigmática. La vida adulta no supone una inmunidad absoluta frente a situaciones traumáticas de esa o de aún mayor intensidad, aunque, como ya dije, suelen ser inesperadas. La pérdida de un hijo, separaciones conyugales, una enfermedad orgánica seria, un accidente, un profundo cambio en la situación laboral y económica puede disparar un crack de la misma envergadura —en cuanto a los cambios que producen—, tanto más significativos a veces, que aquellos que ocurren durante la adolescencia. Todas estas situaciones pueden conllevar también nuevas identificaciones y, con toda seguridad, renovadas significaciones retroactivas.

Ayudar al adolescente en esa travesía no pasa por proponerle la manera adulta de ver las cosas ni nuestras respuestas a sus conflictos, sino escuchar con seriedad sus cuestionamientos, y oírle más allá de lo que dice explícitamente. A los padres estas transformaciones de su hijo les exigirá cambios de posicionamiento. Un asunto que les suele resultar particularmente difícil es la aceptación de que dejaron de ser idealizados y se convirtieron más bien en personas interpeladas y criticadas. Quizá sabiendo que la confrontación entre padres e hijos es imprescindible para que el joven se discrimine y se afiance como sujeto, podrá aceptarse mejor los desafíos a los que el adolescente les somete.

1.7.5. ¿Identificaciones estructurales o transitorias?

Una pregunta anterior que cabrá responder es la siguiente: ¿las identificaciones post-edípicas establecieron elementos permanentes y estables en la organización psíquica o fueron, por el contrario, variantes temporales de las mismas? (Véase 4.6.2. del tomo 2). La respuesta a

esta interrogante será también válida para la que se formula en el título de este apartado. No puede ser otra que la siguiente: suele haber de ambos tipos; el paso del tiempo irá determinando si las temporales acabaron convirtiéndose en permanentes. Por lo dicho, se entiende que las modalidades estructurales de identificación que se consuman en la adolescencia reelaboran y reorganizan la configuración edípico-narcisista surgida durante la estructuración subjetiva de la primera infancia y en el posterior período de latencia. Presuponen la posibilidad de reparar algunos fallos habidos en los tiempos constitutivos anteriores.

Que el pasaje por la adolescencia sea fructífero dependerá tanto de elementos estructurales como coyunturales; incluso, también, de algunos factores azarosos. Dentro de los primeros, las características de la organización pulsional y narcisístico-edípica suelen ser determinantes de primer orden. Entre los segundos cabe resaltar los posibles traumas sufridos. Es evidente que los del primer grupo condicionan también la aparición de los del segundo. Los ligámenes afectivos son otro factor significativo a valorar; especialmente la naturaleza de esos lazos habidos durante la primera infancia y el período de latencia; ellos condicionarán las relaciones del adolescente con sus padres y con los objetos exogámicos. Es muy importante la plasticidad y ductilidad de todos los partícipes de la experiencia edípica. La responsabilidad mayor, pero nunca exclusiva, está del lado de los padres; el adolescente, pese a estar buscando sentidos a su vida, también tiene una cuota.

La relación del adolescente con las llamadas nuevas tecnologías merecerá un breve párrafo; ella tiene múltiples facetas y es imposible abordarlas en este contexto. Por un lado, está la vertiente positiva: pueden ser fuente de conocimientos, de información y de formas novedosas de comunicación. Sin embargo, da la impresión que los adolescentes no han resuelto la sensación de soledad que muchas veces les embarga. Tal vez se sientan más solos que tiempo atrás, pese a que mediante Internet o el móvil están conectados de forma continua e inmediata. Al tener a mano el acceso a múltiples redes sociales, han perdido muchas posibilidades de crear sus propios espacios. Las relaciones virtuales, más que complementar a las reales, parecen haberlas sustituido. Pero habrá que tener cuidado en no satanizar esas formas de comunicación; son las

que ellos han conocido y, además, hoy es casi imposible permanecer al margen de ellas. (Véase nota final número 30 de este mismo capítulo).

Como todo objeto mundano, los artilugios procreados por las nuevas tecnologías pueden convertirse en objetos de adicciones variadas. Pero, como sucede en todas las relaciones adictivas, el problema no reside en el objeto sino el uso que el sujeto hace de los mismos. El adolescente suele buscar el mundo virtual porque le otorga un entretenimiento fácil y no le frustra, como sí puede suceder en la realidad. Le permite evadirse de las situaciones y pensamientos que le preocupan. Además, le aporta la sensación de permanencia de lo conocido. Aquello que las nuevas tecnologías ofrecen se convierte en un refugio frente al mundo real. Por supuesto cualquier crítica a la idealización de ese universo virtual será rechazado por quienes encuentren una satisfacción pulsional directa en las actividades que Internet y los videojuegos les proponen.

1.8. Resumen del capítulo

Al comienzo del mismo afirmé que había llegado el momento de hablar en nombre propio y que eso implicaría abandonar las formas expositivas empleadas en las tres partes anteriores de estos *Estudios Psicoanalíticos* que, en términos generales se ciñeron estrictamente a la letra de los textos de Freud, Klein y Lacan. Se iniciaba también el momento de consignar los reconocimientos de deudas teóricas con mis maestros y de señalar algunas discrepancias y diferencias con ellos y con otros autores que escribieron sobre la trasmisión intergeneracional de lo psíquico. Afirmé que buena parte de las elaboraciones personales sobre el tema estuvieron determinados por los interrogantes que a lo largo de los años fui formulando a los textos de los tres psicoanalistas nombrados. Se consideró pertinente exponer *algunos* de esos interrogantes que guiaron mi investigación.

A continuación expuse varios marcos para las consideraciones personales sobre la identificación. Sostuve mi interés por conservar celosamente las que constituían las aportaciones más importantes de Freud, Melanie Klein y Lacan, como así también las de otros psicoanalistas y pensadores que escribieron sobre el tema en cuestión. Esto conllevó una evaluación personal de los aportes de cada uno porque, según mis

criterios, no todo lo que ellos dijeron o escribieron sobre el tema tenía igual valor. Por otra parte, me proponía preservar estas adquisiciones de posibles deslizamientos hacia el dogmatismo, reduccionismo y eclecticismo.

Otros aspectos de esos encuadres fueron: reafirmar que las teorías no son omnicomprendivas y que sus insuficiencias –todas las tienen– debían llevarnos a realizar esfuerzos por arrojar nuevas luces a las zonas de penumbras que ellas mismas generan. Ninguna teoría dará cuenta de todo, entre otros motivos, porque ese todo no existe. Anuncié también, que dado el carácter conjetural del psicoanálisis mis consideraciones personales carecerían de un tono asertivo; por lo tanto, que no habrá certezas ni afirmaciones definitivas en lo escrito, sino propuestas. En el apartado titulado *Sobre filiaciones* reiteré mis señas de identidad expuestas hace siete años en el libro *Trencadís. Gaudianas psicoanalíticas* (2010); dije entonces que me consideraba un analista freudiano post-lacaniano; laico –quiero decir: no religioso-, no militante, que trataba de guardar distancias con los fundamentalismos psicoanalíticos y que apostaba por un diálogo entre las diversas maneras de entender nuestra práctica. Con lo de post-laciano quería decir que había realizado un arduo trabajo de lectura de la obra de Lacan, para hacer luego, mi personal vuelta a Freud con esos bagajes y con algunas elaboraciones propias. Esto explicaba, sin duda, el predominio de un aire freudiano y laciano en el contenido de este volumen. Añadí que sin Freud y Lacan no hubiera podido componer lo que escribí; sin embargo, aquello que quedó plasmado negro sobre blanco en este tomo sería irreductible al pensamiento de ellos. Hoy, sin renegar de las señas de identidad descritas en *Trencadís* agregaría que me siento un analista todo terreno; “*kormaniano..., modestamente*”. Sostuve también que la primera de esas dos palabras no debería sonar rara si se tiene en cuenta que el analista, y no sólo el analizante, tiene también su singularidad, a consecuencia de los modos, también propios y peculiares, con los que cada uno nos fuimos apropiando de la enorme y rica herencia psicoanalítica. Tampoco la segunda, porque la modestia surge casi espontáneamente cuando se abandona la quimera de la infalibilidad de las teorías psicoanalíticas; especialmente, de aquella a la que se haya adherido.

En el apartado siguiente –*ptolomeísmo, copernicanismo*– señalé

que había tomado en préstamo esos dos vocablos de Jean Laplanche y que con muchos recaudos había realizado una extrapolación de estas dos líneas de pensamiento en astronomía hacia el terreno psicoanalítico para aplicarlas en los dominios de los procesos identificatorios. En ese contexto consideré que serían *ptolomeicas* aquellas teorías que consideraban al sujeto psíquico en formación como el punto de partida y epicentro de su constitución subjetiva: el propio infante *se identificaría activamente* con los objetos para crear su aparato psíquico. En cambio serían *copernicanas* aquellas concepciones que jerarquizaban el rol de los adultos en la conformación del futuro sujeto; en ellas se considera que *el objeto es identificante* y que el protosujeto es el identificado.

A la luz de los criterios recién aludidos, me permití afirmar que la TIF era copernicana con fuertes improntas ptolomeicas; la TIK estaba en la antípoda: predominaba claramente el “infantocentrismo”; las relaciones objetales de las que tanto habló Klein no aparecían en calidad de identificantes ni de activas transmisoras intergeneracionales de lo psíquico; en síntesis: *ptolomeísmo*. La TIL quedó enrolada con firmeza en la línea copernicana. Con este mismo rasero evalué también todos los textos que he leído sobre el tema para la elaboración de esta *Colección*.

El copernicanismo constituyó un pilar fundamental del proyecto personal de construir una metapsicología de la identificación estructurante. Pero el mío sería un copernicanismo matizado —o tal vez realzado— por su combinación con la autoorganización y con la concepción del sujeto como estructura disipativa (Prigogine), que dio lugar e importancia a un cierto tipo de actividad por parte del candidato a sujeto.

A continuación expuse los fundamentos de mi propuesta de un sistema identificatorio estructurante del psiquismo. Enuncié y desarrollé extensamente las premisas sobre las que asentaba dicha proposición:

- La incidencia significativa del entorno objetal en la psiquización del recién nacido humano.
- La concepción retroactiva de la temporalidad psicoanalítica.
- La relación indisoluble entre el narcisismo y el complejo del Edipo.

Postulé la siguiente caracterización de la identificación primaria: operación constitutiva del sujeto psíquico —la más temprana de ellas—

por medio de la cual se inscribían, de manera simultánea, las primerísimas trazas que darán sostén a lo narcisístico y lo edípico del *infans*. El recién nacido es abordado como objeto por los adultos que conforman su entorno. Éstos se acercan a él desde todas las vertientes subjetivas que le son propias: corporal, deseante, pulsional, fantasmática, narcisista, transferente, etcétera, tal como aparecen en la parte izquierda del diagrama del sujeto (2.5. del próximo capítulo), iniciándose así la estructuración subjetiva del niño. A mi juicio, incluir ambos aspectos —el narcisístico y el edípico— desde los más tempranos momentos de la vida, permite salir del *impasse* que genera concebir los orígenes de lo psíquico como absolutamente solipsista: si se empieza como puro narciso no había razones ni posibilidades de salir de tal situación. Habría una infranqueable *ipseidad* del ser. Las identificaciones primarias conformaban un suelo psíquico; por lo tanto, las posteriores —narcisistas y edípicas— ya tendrían un zócalo mental para implantarse. Ellas resignificarán los rudimentos psíquicos establecidos por la identificación primaria. A estas identificaciones les atribuyo una doble función: la trasmisión de rasgos psíquicos de quienes conformaban el entorno objetal y el traspaso del capital simbólico acumulado por la humanidad.

Consigné que estos procesos identificatorios primarios acontecían en un contexto relacional muy asimétrico: por un lado, los adultos que actuarían como sujetos ya constituidos; por otro, el bebé, dotado tan sólo de pobrísimos engramas psicofisiológicos. La escasa presencia en esos momentos de una actividad psíquica —en el sentido pleno del término— por parte del recién nacido, hacía que tales vínculos no fueran *sensu strictu* intersubjetivos: el psiquismo elemental del neonato estaría literalmente “inundado”, atravesado, por el psiquismo de los padres.

En atención a los caracteres de esa relación calificué de *presubjetiva* a la situación del bebé y denominé *yobjeto* a la fusión con su madre, en una relación que, observada desde el lactante, es de indiferenciación respecto del otro. Los padres intervendrían en esa precoz trasmisión intergeneracional e inconsciente de rasgos psíquicos desde sus dimensiones narcisísticas y edípicas. Remarqué ese doble influjo simultáneo sobre la estructura(ción) subjetiva del niño/a proponiendo dos modalidades de identificación primaria: la incorporativa y la introyectiva, cuyas características principales se sintetizaron en un cuadro insertado en 1.6.1.

A continuación referí la segunda identificación estructurante del sistema que propuse: la identificación narcisista. Comencé afirmando que era habitual que se la considerase una reacción o respuesta a la pérdida de objeto. Sin menospreciar esta faceta, puse de relieve la otra cara de la misma, habitualmente soslayada en la literatura psicoanalítica: *la pervivencia* del objeto total en la psique de quién llevó a cabo dicha incorporación, con el consiguiente establecimiento de una relación sadomasoquista intrapsíquica entre el yo y el superyó. A mi juicio, la identificación narcisista habla más de la capacidad (fantasmática en las neurosis, alucinatoria en las psicosis) de mantener vivo dentro del yo al objeto (supuestamente) perdido. Si esta hipótesis fuera cierta, convendría relacionar entonces esta identificación con la problemática del desamparo originario más que con la del duelo. Considero que el narcisismo primario es *una consecuencia de los intentos de resolver ese desamparo* (indefensión). Frente a la angustia de separación, la identificación narcisista, fundadora del yo, otorgaría al *infans* la continuidad *intrapsíquica* de la relación con dicho objeto. Dado que la discontinuidad del vínculo con los objetos primarios sería inevitable, tal identificación devendría la regla. Por eso, el narcisismo primario es universal. La incorporación fantasmática de este objeto total, y la posterior identificación con el mismo, permitiría poseerlo de manera incondicional, pero uno de los precios que pagaba el *infans* era la dificultad para simbolizar su ausencia. Cuanto más aguda era la vivencia del desamparo mayor será el recurso a la identificación narcisista. Si se conservaba (internamente) al objeto, no habría pérdida alguna y, por lo tanto, tampoco habría duelo. Desde esta perspectiva, la identificación narcisista no sería ni compensatoria de una pérdida ni la respuesta regresiva ante la misma. Más bien se trataría de una *no pérdida*, que se haría evidente por la supervivencia intrapsíquica del objeto y por la relación interna con el mismo. Justamente por eso no había duelo. Este último implicaría una elaboración simbólica de la pérdida, fenómeno que no ocurría cuando dicha pérdida se saldaba con una identificación narcisista. Si en esta última se privilegia la pérdida más que la pervivencia del objeto, se confundirá el duelo con la melancolía, cosa que ocurrió –en alguna medida– en las teorizaciones de Abraham, M. Klein y otros.

Deshacerse de esta identificación masiva, narcisista, incorporativa,

sería –ahora– la verdadera amenaza de pérdida, *porque reactivaría el desamparo y las angustias a él asociadas*. Por eso el sujeto parece preferir el eterno combate sadomasoquista intrapsíquico con el objeto que renunciar al mismo. Se ha establecido una pseudo-solución incestuosa –soldadura con el objeto– frente a la exacerbada angustia de separación.

La identificación narcisista sería productora de una seguridad ilusoria, pero seguridad al fin: la que otorgaba el seguir portando el objeto dentro de sí; suelen sentir que eso es más tolerable que la supuesta “orfandad” que conllevaría desprenderse del objeto. En el apartado 3.6. del capítulo 3 de este mismo volumen se planteará una modalidad de abordaje clínico de este tipo de identificaciones acorde con estas ideas personales acerca de ella.

En 1.6.3. me referí a las identificaciones secundarias edípicas, de las que destacué sus rasgos más sobresalientes por medio de una serie de puntualizaciones. Al iniciarse el período de latencia ya estaría formado y en funcionamiento un aparato psíquico con todas las instancias y sistemas descritos en la primera tópica (*Inc.-Prec.-Cc.*) y en la segunda (ello, yo, superyó); también quedarían constituidas ambas instancias ideales –yo ideal e Ideal del yo–.

En el último apartado de este capítulo se abordó otro momento clave de la estructuración subjetiva: el que acontece a continuación de la declinación del complejo de Edipo y del periodo de latencia. Se hizo referencia a las identificaciones post-edípicas que se consuman en ese lapso temporal; se señaló que ellas ampliaban y diversificaban el número de objetos identificantes, extendiéndolos hacia todos aquellos con los que el niño latente, el púber, el adolescente y el adulto joven entran en contacto. Además, ellas no sólo son inconscientes; también las hay preconcientes y, en ocasiones, concientes.

En las identificaciones post-edípicas, el contexto social –además del familiar–, deviene una fuente importante de rasgos que se internalizan. En ellas convergen dos parámetros: uno, temporal y otro estructural. El primero alude a cuándo acontecen; como su nombre lo indica, son las que se consuman tras la declinación del Edipo. El segundo refiere implícitamente que el complejo Edipo es una *estructura estructurante de lo psíquico* que sigue operando durante la adolescencia y que ella va más allá de la “novela edípica”, que relata los amores y odios de los infantes

hacia sus padres, distribuidos de manera diferente según se trate de una niña o un niño.

Se propuso relegar las aproximaciones psico-sociológicas a la adolescencia para privilegiar el enfoque metapsicológico de la misma. En esa línea se insistió en considerarla como un momento en que ocurre una importante reorganización retroactiva de la subjetividad surgida – por vía identificatoria– en el proceso estructurante de la infancia y de la latencia. Esto supone que durante esos años tendría lugar una remodelación profunda del psiquismo, en todas y cada una de sus instancias y sistemas, tras el impacto pubertario en lo real del cuerpo.

Se señalaron algunos de los cambios que con mayor frecuencia suelen observarse en la subjetividad del adolescente por efecto de la actuación –prolongada, reiterada– de la estructura estructurante edípica. Insistí en que el abanico de las formas de presentación de tales mutaciones era muy amplia y subrayé de nuevo la singularidad con que estas manifestaciones aparecían en cada adolescente. Para la descripción de esas transformaciones subjetivas se siguió el orden con que aparecen las diversas dimensiones psíquicas en el diagrama del sujeto insertado en el apartado 2.5. de este mismo tomo. Se apuntaron los principales cambios a nivel del cuerpo anatómico y erógeno; también, los que suelen darse en las siguientes dimensiones: pulsional, inconsciente, fantasmática, narcisística, edípica, yoica, superyoica, transferencial y en los vínculos sociales. Se enunciaron asimismo las manifestaciones sintomáticas que con mayor frecuencia solemos escuchar en la clínica con adolescentes.

Se finalizó el capítulo con un interrogante: ¿las identificaciones post-edípicas son estructurales o temporarias? La respuesta que se dio fue la siguiente: suele haber de ambos tipos; será el paso del tiempo el que determinará cuales de las temporarias adquirieron presencia estable y permanente en la psique del sujeto deviniendo, así, estructurales. Lo dicho, implicaría la idea de que las identificación que acontecen en la adolescencia constituyen una posibilidad de reelaboración y reorganización de la configuración edípico-narcisista surgida tras la estructuración subjetiva de la primera infancia y del posterior período de latencia. Puede ser la ocasión de reparar algunos fallos habidos en los tiempos constitutivos anteriores.

NOTAS DEL CAPÍTULO 1

¹ A diferencia de Lacan, que tuvo palabras de reconocimiento hacia algunos aspectos de la producción de Melanie Klein, sus primeros seguidores en Argentina se dedicaron a la crítica sistemática de su obra.

² Una de esas tantas ocasiones fue en mi libro *El oficio de analista*; *op. cit.*, p. 49 de la primera edición.

³ Palabras de Bowlby citadas por Phyllis Grosskurth en *Melanie Klein. Su mundo y su obra*, p. 343, editorial Paidós, Buenos Aires, 1986.

⁴ Carta a Anna Freud y Melanie Klein del 3 de Junio de 1954, en *El gesto espontáneo*, p. 136 y ss., editorial Paidós, Barcelona, 2008.

⁵ *Ídem*, carta del 17 de noviembre de 1952, pp. 88 y ss. En ella le profetizó que sólo la destrucción del kleinismo haría que su pensamiento siguiera evolucionando sin degradarse en un lenguaje muerto.

⁶ Expuse estas ideas en una conferencia que dicté en la Asociación Madrileña de Psicoterapia Psicoanalítica bajo el título “¿Y si hablásemos de nuestras clínicas?” Posteriormente fue publicada en la *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica* de dicha institución, nº 17, Madrid, Febrero de 2015. En aquella ocasión manifesté:

“Desde hace tiempo, algunos psicoanalistas poco afectos a posiciones dogmáticas, venimos practicando una clínica insubordinada a los cánones rígidos y a los impuestos por las modas teóricas. Trabajamos con dudas, con algo de frescura y con bastante espíritu crítico. La clínica actual nos interroga, nos desvela y revela otros modos posibles de aproximación al padecimiento psíquico. Tal vez haya llegado el momento de hablar de manera *pública* sobre lo que *realmente* hacemos hoy en nuestras consultas.

El espíritu de la época dejó al psicoanálisis en situación de crisis; frente a este contexto actual postulo *un retorno a la clínica* con el objetivo de renovarla de manera creativa. Propongo aunar la continuidad y los cambios para potenciar, así, los efectos terapéuticos del psicoanálisis y para seguir conceptualizando las formas contemporáneas de la subjetividad humana. En ese retorno deben producirse innovaciones teóricas e intervenciones clínicas novedosas; no se tratará, por lo tanto, de seguir corroborando teorías acreditadas ni repetir sonnetes mediante jergas o cumplir con determinados rituales en las citaciones de textos. Hacer algo distinto exigiría, sin duda, más originalidad que veneración a los maestros; implicará también reinstaurar momentos como los del nacimiento del psicoanálisis, pleno de invenciones y descubrimientos. Esas transformaciones son imprescindibles para que el psicoanálisis siga siendo operativo en el contexto en que se despliega actualmente nuestra praxis.”

En la segunda parte de esa exposición hice alusión a las características metapsicológicas que con más frecuencia se presentan en un segmento significativo de los consultantes que acuden hoy en día a las primeras entrevistas. Entonces afirmé: “Buena parte

del trabajo inicial con ellos consiste en hacer un tratamiento de la demanda para que tal vez pueda generarse una verdadera demanda de tratamiento psicoanalítico.”

⁷ No las considero innecesarias; tal vez un tanto reduccionistas respecto de lo que se procesa en las sesiones psicoanalíticas. Se requeriría un gran esfuerzo para aclimatar algunas de las formalizaciones matemáticas –que fueron expuestas en el volumen 9– a la clínica.

⁸ Copérnico: “el hombre que detuvo el sol y puso en movimiento la tierra”; esta es la inscripción que aparece en los basamentos de una estatua dedicada a su persona en el centro de la ciudad de Varsovia.

⁹ *Poiesis* es un término griego que significa “creación”, “producción”; deriva de ποιῆω: “hacer” o “crear”; a su vez dio pie a la locución “poesía”. Se mencionó este término en el apartado 7.1.6.4. en el contexto de algunas referencias al *pensamiento poetizador* de Heidegger. Al final de ese mismo apartado se trajo a colación la referencia de Lacan a la *poiesis del inconsciente*, a través de una cita de *ILIF*. También, al final del apartado 5.1.3. del tomo 2, al mencionar la capacidad de generar mitos por parte del sujeto psíquico (mitopoiesis).

Este vocablo, en la asociación con el prefijo *auto*, puede adquirir el significado autoengendramiento, autocreación; ser *causa sui*, es decir: causa de sí mismo. Se volverá sobre esta problemática y los interrogantes que ella suscita en el territorio de la identificación, en el apartado 2.6. del próximo capítulo, que trata sobre la autoorganización.

¹⁰ Lacan recalcó –como se recordó en el apartado 7.7. del tomo 8– que todo recién nacido se instalaba en una estructura preexistente de naturaleza simbólica, y que debía hacerla suya como parte de su proceso de devenir sujeto.

¹¹ Véase el apartado 1.4.3. del tomo 1, titulado *Los dos autoerotismos*. En él se comentaron e interpretaron algunos textos de Freud sobre este tema, que valdrá la pena tener presente para una mejor comprensión de lo que se está tratando en este apartado. En ese mismo apartado inserté un esquema que construí acerca del autoerotismo del circuito de la elección de objeto y del autoerotismo pulsional.

¹² Sostener estas ideas presupuso haber elaborado previamente una definición de la transferencia –en sentido amplio– como la siguiente: *es la puesta en acto relacional de la estructura psíquica de un sujeto*. En un sentido más restringido la transferencia **analítica** quedó definida como la puesta en acto de la estructura psíquica de un paciente en la relación con el analista. Estas caracterizaciones fueron explicitadas y desarrolladas en mi libro *Trencadís. Gaudianas psicoanalíticas; op. cit.*, p. 283 y ss. Allí se remite para más detalles.

Sin duda los padres ponen en relación su estructura psíquica con su vástago y le involucran en sus transferencias. El carácter asimétrico impide que la inversa sea posible..., por el momento. Véase también el diagrama del sujeto, apartado 2.5. de este mismo volumen; en él aparece la dimensión que designé con el nombre de *transferente*. El sujeto es por definición transferente y no puede poner en suspenso esa dimensión de su subjetividad, ni siquiera en la relación con un recién nacido. La transferencia, al ser un correlato de la existencia del inconsciente, tiene su presencia asegurada en todos los vínculos que establezca el sujeto. Sería un fenómeno insoslayable. Imposible no enredar

a los otros con las propias transferencias y, a la vez, no se podrá impedir que los otros nos involucren en las transferencias que ellos generan.

¹³ El autoerotismo del circuito pulsional hace referencia al hecho de que la pulsión, en un momento de su constitución, se vuelve autoerótica y se satisface en el propio cuerpo —no con un objeto ajeno y externo—. En esas circunstancias, el objeto de la pulsión coincide con la zona erógena donde nace la excitación. Esta es precisamente la definición de autoerotismo: la pulsión satisfaciéndose en la misma zona erógena donde ella se origina. Para el caso del autoerotismo oral —chupeteo, pongamos por ejemplo— debe existir previamente una incorporación del objeto pecho para poder satisfacerse con él en las futuras fantasías orales. El autoerotismo surge cuando se produce el repliegue de la pulsión sobre el propio cuerpo estando ya presente en la psique del bebé de ese objeto en la fantasía. Esto supone que antes de que se constituya el autoerotismo deben existir relaciones previas muy incipientes con ese objeto pecho.

Es justamente para caracterizar esas tempranísimas relaciones entre la madre y el bebé que he creado el neologismo *yobjeto*, al que me referiré enseguida. Se volverá sobre este tema en el apartado 2.7. del capítulo 2 de este mismo volumen.

¹⁴ Ya se dijo: es inconcebible la estructuración subjetiva fuera del marco relacional. Ahora bien, no considerarla una relación por ser muy diferente a las que el *infans* podrá establecer cuando posea un yo ya constituido y discriminado de los otros por medio de la “membrana sujetal”, plantearía problemas teóricos más complejos aún: ¿cómo se produciría la apertura de esa monada cuasi biológica a lo relacional?

¹⁵ Véase 10.2. del tomo 5. Allí se expuso con detalle la concepción freudiana sobre el yo, con el objetivo de cotejarla, luego, con las teorías de Klein y Lacan sobre dicha instancia. Más específicamente en 10.2.3. se hicieron comentarios sobre el *Lust Ich*. Otros aspectos diferentes pero relacionados con esta temática se trataron en los apartados 1.4.3. y 2.1.1.1. del tomo 1 y en el esquema insertado en 4.5.3. del tomo 2.

¹⁶ Lacan subrayó la importancia de este concepto en Freud, y se refirió a la misma mediante el vocablo *après-coup*.

¹⁷ Un ejemplo del cambio de perspectiva que la significación retroactiva impone para pensar la clínica y la teoría sería la resolución de un síntoma. Esta no se produciría por recorrer, en sentido inverso, los derroteros que llevaron a su surgimiento. En primer lugar, porque ese camino de retorno no es nada fácil dado que el síntoma surgió de manera sobredeterminada y una vez que eclosionó *se fue resignificando* a lo largo del tiempo; en segundo término porque el síntoma tuvo su causa en el pasado, pero ese pasado no hay que ir a buscarlo “atrás”: está presente en el presente resignificante. Por lo tanto el síntoma siempre será actual, aunque portará el pasado resignificado en sus entrañas. Hacer mención a la significación retroactiva pero dejar incólume la metapsicología que se utilizó siempre y, además, no cambiar un ápice la forma de escucha del material ni las modalidades de intervención, sería sólo dar muestras de cierta erudición psicoanalítica pero sin que nada cambie en la conducción de los tratamientos.

Al no existir una reversibilidad causa-efecto, no sería posible un retorno al tiempo anterior ni se podrá disolver los síntomas por remoción de las supuestas causas porque éstas se han agotado, consumido, en la producción sintomática. El cambio psíquico

siempre implicará una apertura al futuro. Creer en la existencia de una regresión cronológica y que en ese contexto regresivo se produzcan las elaboraciones que hagan desaparecer un síntoma alentó durante décadas –y sigue alentando– interpretaciones favorecedoras de la regresión, para reparar lo habido en exceso o defecto en la infancia. La idea–eje de esta manera de pensar sería la siguiente: si descubrimos cómo y qué ha generado un problema, podremos resolverlo: se tratará entonces de rememorar el pasado, haciendo conscientes los recuerdos reprimidos (el famoso relleno de las lagunas mnésicas). ¿Qué hace creer que el efecto terapéutico del psicoanálisis se sustente en las llamadas regresiones operativas y en la recuperación del pasado? Básicamente, una concepción de la temporalidad reversible, los restos de una teoría traumática de la neurosis y la creencia en el poder mutativo de hacer consciente lo inconsciente. Esta visión reconstructiva y arqueológica del psicoanálisis quedó asociada a una visión acumulativa y gradualista de los cambios psíquicos, atribuidos a la tarea de elaboración.

¹⁸ Las influencias del pensamiento de Prigogine sobre mi manera de concebir algunas problemáticas psicoanalíticas ya fueron comentadas anteriormente y serán retomadas en el apartado 2.6. de este mismo volumen, titulado *Autoorganización. El sujeto como estructura disipativa*.

¹⁹ Abraham fue el primer psicoanalista que expuso estas concepciones –véase el apartado 2.6.3.1 del tomo 3–; Melanie Klein y muchos de sus discípulos directos le siguieron durante un tiempo –aunque cabría decir que no en todos los postulados abrahámicos–. Luego se alejaron de ese modelo que tenía características embriológicas y madurativistas.

²⁰ Los trastornos límites de la personalidad, entre otras entidades, ilustrarían –de manera paradigmática– esta presencia de lo “primitivo” en la actualidad, en el presente del sujeto.

²¹ Este modelo es el prevalente en la teoría kleiniana.

²² Sobre las marchas y contramarchas de Freud respecto del padre como objeto de la identificación primaria, véase 3.1.2. del tomo 2. Lacan consideró que se trataba del padre simbólico. El aspecto transgeneracional ligado a las identificaciones será también desarrollado en el apartado 2.2. del capítulo siguiente.

²³ Dicho en otros términos, en el mismo contexto relacional y libidinal en que se transmitiría lo relacionado con el padre de la prehistoria personal, se inscribirían las trazas del yo-placer purificado que, posteriormente, dará origen al yo-representación corporal. Los padres actuarán en este contexto como el otro del espejo (narcisismo), como semejantes. Véase también el esquema insertado en 4.5.3. del tomo 2 que muestra en su parte superior la relación entre el yo-placer purificado, el yo del narcisismo y el yo de la segunda tópica.

²⁴ Abraham insistió especialmente en este aspecto que, de alguna manera, Freud hizo suyo. La escuela inglesa en su conjunto también la adoptó. Su efecto: el privilegio otorgado a la problemática del duelo, tanto en la clínica como en la teoría kleiniana.

²⁵ Ciertas peculiaridades de la sociedad actual, una vez internalizadas, son cofactores que restan capacidad a los padres para apaciguar esta angustia específica en sus hijos. El desamparo no mitiga fuerza identificaciones de este tipo y exagera al narcisismo

infantil. Por estas vías se intensifica la dependencia objetal; se incrementan los déficit simbólicos y se ve dificultada la reapertura (post-narcisística a la objetividad). Es indefectible que los cambios sociales tengan repercusiones en la estructuración subjetiva contemporánea. Lo psíquico –se lo verá en 2.4. de este tomo– sería lo social subjetivado.

²⁶ Muchas veces el combate no sólo es con el objeto incorporado sino que también con el objeto real externo.

²⁷ Lo comentado en el extenso apartado 3.2. del tomo 2 sobre las identificaciones edípicas en Freud, me exige de un desarrollo amplio del tema. Este asunto sería un claro ejemplo de lo afirmado al comienzo de este capítulo en 1.3. *Sobre filiaciones*, allí sostuve en que a partir de un momento se hacía difícil discriminar entre qué era pensamiento propio y lo que pertenecía a concepciones ajenas en el tratamiento de un tema específico. Lo cierto es que a partir de diversos artículos freudianos sistematicé sus ideas en varias páginas del apartado mencionado, incluyendo tres cuadros que vienen muy a colación respecto de las identificaciones secundarias edípicas. Se remite, pues, al apartado mencionado.

²⁸ Pueden leerse en la revista *Intercanvis/Intercambios*, Barcelona, nº 15 y nº 16. Por otra parte, en los apartados 2.3., 2.4. y 2.6. del capítulo siguiente se postularán definiciones de las identificaciones estructurantes; ellas serán válidas por lo tanto, para las primarias, narcisísticas y secundarias edípicas, recién descritas.

²⁹ Para más detalles sobre estos mecanismos y, en términos más amplios, sobre las características de estas identificaciones, véase los parámetros empleados para la sistematización de la TIF llevada a cabo en el capítulo 4 del tomo dos. Ellas son también válidas para las identificaciones postedípicas tal como las entiendo.

³⁰ Nuestra sociedad tiende a reducir los contextos donde se despliegan las relaciones diversificadas de objeto y las sustituye por actividades en las que predominan los repliegues sobre sí mismo. Este empobrecimiento de las redes intersubjetivas se acompaña de la promoción de lo visual, la fascinación por las formas y la reverberación infinita de la vertiente imaginaria del fantasma. Por todos los medios posibles se estimula la negación de la falta: se intenta mostrar a cada instante que ella puede ser colmada. La fetichización crece de manera exponencial a la par que el vértigo tecnológico expulsa al sujeto del centro de la escena. Una mal entendida eficacia acelera los ritmos diarios; hoy se tienen “amigos” a centenas en *Facebook*, miles de seguidores en *Twitter* mientras la consola *Wii* llena las horas libres de los niños. La sociedad post-moderna fomenta un narcisismo deletéreo que ya se hizo carne y psique en buena parte de la población; incluso los padres de nuestros pacientes fueron atravesados por estas problemáticas. Que este estado de cosas no es único ni absoluto, también lo sabemos; hay jóvenes y adultos que funcionan hoy en día con otras pautas sociales.

